

# La indómita

JEAN HARLOW  
WILLIAM POWELL  
FRANCHOT TONE



1  
Peseta

ediciones bistr



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

## LA INDOMITA

Magnífico asunto, de extraordinario interés

Dirección de

**VICTOR FLEMING**

---

Es un film de la famosa marca  
**Metro-Goldwyn-Mayer**

Distribuido por

**Metro-Goldwyn-Mayer**

**Ibérica, S. A.**

**Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA**

---

**Argumento narrado por Ediciones Bistagne**

27 Noviembre 1935



PRINCIPALES INTÉRPRETES:

**Jean Harlow**  
**Franchot Tone**  
**William Powell**  
**May Robson**

El baile «**Trocadero**» lo ejecutan  
**Jean Harlow y Carl Randall**

**EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

**Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11**

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléono 79566 - BARCELONA

# La indómita

## Argumento de la película

### I

Los dedos de Blossom corrían con torpeza por la larga hoja de papel, en la que se hallaba diseñado un teclado de piano.

Era digno de ver aquel tagarote, cuyo aspecto se acercaba más al de un carretero que al de un émulo de un virtuoso del piano por medio de aquellas lecciones por correspondencia. La lucha entre el hombre y el fementido teclado era épica.

Blossom, despeinado y con el ceño fruncido, engarabataba los dedos sobre las simuladas teclas de papel que se resistían tenazmente a dejarse atrapar con la facilidad que se indicaba en el método.

Smiley, el compañero de Blossom y el sempiterno antagonista suyo, entró en la estancia y al verlo

tan enfrascado en su heroica tarea, le dijo con ironía:

—¡Ja! ¡Es una melodía preciosa!

—Sí; sólo que a mí me gusta más el trozo de fortísimo. ¿Y a ti? —respondió Blossom, cándidamente.

—No. A mí lo que me gusta es el bistec con patatas. ¡Ja, ja, ja!

Blossom y Smiley eran “agentes”, por decirlo así, de Ned Riley, el famoso promotor de deportes y de mil negocios distintos.

Ambos se hallaban entonces en una de las habitaciones que ocupaba Ned en un lujoso hotel.

Su patrón dormía a pierna suelta en la alcoba contigua, a pesar de que ya era más de media tarde.

Smiley agarró el primer objeto



que halló a mano para atizarle con él al inoportuno visitante, pero no tuvo ocasión de demostrar su habilidad abriendo cabezas, pues apenas abrió la puerta penetró en la pieza una anciana decidida, que no se asustó con su actitud, porque ya se la sabía de memoria, y Smiley tuvo que bajar el brazo.

La recién llegada se encaró con Blossom y le preguntó, con acritud:

—¿Por qué colgaste el teléfono cuando yo llamé?

—Obedecía órdenes superiores. Yo no tuve la culpa — se excusó Blossom.

—Y las órdenes fueron que no se molestara a tu patrón, ¿verdad?

—Eso es.

—¡Shh!—hizo Smiley, al notar que subían demasiado la voz.

—¡Tú no eres quién para sisearme, idiota!—exclamó la vieja, avanzando hacia la alcoba.

Blossom se le interpuso, pero ella, amenazándole con el paraguas le ordenó:

—¡Quítate de en medio ahora mismo, gorila!

Y entró en la alcoba.

Blossom, malhumorado, murmuró:

—¡No sé por qué tiene siempre

que llamarme gorila esa vieja! ¿Es que no soy un hombre como los demás?

—No—respondióle Smiley.

Entretanto la anciana zarandeaba a Ned Riley, gritándole:

—¡A volar, murciélago, que ya se ha puesto el sol!

Desperezóse Ned, y al ver quien era su intempestiva despertadora, la recibió con una sonrisa.

—¡Oh, vengo desesperada!—clamó la señora—. Han detenido a Mona y está en la cárcel.

La noticia no pareció sorprender mucho a Riley.

—¿Por qué? — preguntó, medio dormido.

—Por guiar su coche alocadamente.

—¡Ah! conqué sigue igual, ¿eh?

—Es que se le hacía tarde para ir al teatro. ¡Y esta noche no tiene más remedio que trabajar en una función benéfica!

—¡Caramba, caramba! Sí que es un conflicto, ¿verdad?

—¡Oh, no te rías! Tú dirás lo que piensas hacer ahora.

—Dormir—contestó Ned, arrebuñándose nuevamente entre las sábanas.

—¡Pero, Ned! ¿Es que no te das

cuenta de que es mi nieta quién está detenida? Debes ir a sacarla de allí en seguida.

—No sé por qué he de ser yo y no su empresario quien tenga que encargarse de eso—protestó Riley.

—Gerardo ya lo ha intentado, y no le han hecho caso.

—Pero es que yo no he sido nunca empresario. Yo soy, simplemente, un promotor de deportes, que en cuestión de cárceles no tiene experiencia, y déjeme dormir.

La vieja volvió a zarandearle:

—Tú sabes que Mona ha contado siempre contigo en sus apuros y que tú has sido siempre como un hermano mayor para ella.

Ned bostezó.

—Mi querida señora Leslie—dijo—; las desdichas que me cuenta me parten el corazón.

Y se tapó hasta la cabeza.

La indignación de la anciana estalló.

—¡Bueno!—exclamó—. Esto se ha acabado. ¡Vamos, levántate! ¡Fuera de la cama en seguida!

Sábanas y mantas volaron en confusión.

—¡Arriba!—continuó la vieja—. Vístete corriendo. Ya te he dicho la importancia que tiene la función de esta noche. Se trata de una re-

presentación benéfica, que organiza la S. A. M. L., cuyos socios han adquirido todas las localidades para socorrer, quizá, a unos pobres niños desvalidos.

—¿Niños? ¿Niños? Ahora sí que ha sabido usted tocar mi punto flaco—dijo con tono humorístico Ned. —Cuando de niños se trata no hay hombre mejor dispuesto que Ned Riley, y no podrán encontrar en este mundo un amigo más leal y sincero que yo.

En cinco minutos estuvo el célebre promotor dispuesto para marchar en compañía de Grammy, como familiarmente llamaban a la anciana.

Antes de salir, Blossom le presentó una carta, diciéndole:

—Aquí tienes una carta de un tío de provincias que dice que a su esposa la operaron el otro día y le encontraron dentro un reloj, tres cucharas y dos dólares, todo ello de plata. ¿Te interesa el negocio?

—Dile que haga un nuevo sondeo, a ver si encuentra oro; y si lo encuentra, explotaremos el filón — respondió Riley.

Apenas habían entrado en el auto Grammy y Ned, llegó corriendo un chiquillo.

—¡Hola, Andrés!, ¿qué te pasa?



—le preguntó Ned, cariñosamente.

—Que necesito más capital para mi puesto de limonada, porque hay un tío en la esquina que con cada vaso regala cacahuets y me está arruinando—contestó el chico.

—Bueno, ¿y cuánto te hace falta para ampliar tu “negocio”?

—Pues... unos ochenta y siete centavos.

—¿Ochenta y siete? Supongo que me enviarás tus estados de cuentas—inquirió Riley, con sorna.

—Cada sábado.

—Bien, pues ahí van dos machacantes. Así podrás llevar también *chicle* y hundirás por completo a tu competidor.

—¡Oh! Gracias, señor Riley.

Así era Ned Riley: capaz de financiar lo mismo una empresa de gran envergadura como un puesto de cacahuets.

## II

Anduvo Ned los pasos necesarios y Mona Leslie, la “vedette” de los cabellos rubios como rayos de sol, que hacía furor en Nueva York, tanto por su arte como por sus excentricidades, fué libertada en seguida.

Ned Riley era el paño de lágrimas de Mona Leslie. A él recurría siempre que se veía en un apuro, segura de que Ned habría de sacarla de él, como así ocurría.

Algún malicioso hubiera podido suponer que entre ambos existían relaciones amorosas muy íntimas, pero en realidad no había más que una buena, una excelente amistad de camaradas.

Ned era mucho mayor que Mona, y su consejo era para ésta de inapreciable valor. Por él se había dejado conducir siempre y siempre le había salido todo bien.

Sinceramente admiraba Ned a la joven por su arte y por su belleza, pero le reprochaba de continuo su modo de ser tan irreflexivo, que la llevaba a extremos como el que se había producido aquella tarde. Pero era inútil que tratase de predicarle sensatez: Mona era una criatura de carácter independiente, una mujercita tan adorable como indómita.

Si el promotor estaba o no enamorado de la artista era cosa que nadie—incluso creemos que ni él mismo—lo sabía. Pero cualquier observador con alguna perspicacia hubiera creído adivinar que tras aquella celosa tutela que él ejercía

sobre Mona, había algo más que una desinteresada amistad.

Cuando llegaron al teatro de revistas, en el cual ella era estrella máxima, el empresario, que la aguardaba apuradísimo, vió el cielo abierto.

—No me arme ningún escándalo—le dijo Mona, mientras se dirigía, presurosa, a su camerino—. Me han detenido, pero ya estoy aquí.

—Lo sé, lo sé—manifestó el empresario, andando tras ella, como un perrillo—. Me lo telefonearon, pero he cambiado el orden de los números y así he logrado retrasar tu aparición. Pero atiende...

Mona subía ya corriendo, la escalera que conducía a su cuarto.

—Ya le atenderé luego—exclamó.

En un minuto estuvo vestida para salir a escena.

Y como quiera que no había querido escuchar lo que tenía que decirle el empresario, su sorpresa fué enorme cuando irrumpió en el escenario a los acordes de uno de los números musicales de la revista, oyendo el aplauso de una sola persona y la voz de un hombre que decía:

—¡Esperen un momento! ¡Esperen un momento!

Calló la orquesta.

Las chicas del coro se inmovilizaron.

Con estupor vió entonces Mona que todo el teatro se hallaba desierto. Sólo en una de las primeras filas de la platea, había un hombre joven, vestido de frac, el cual, avanzando hasta la primera fila, se encará con ella y exclamó:

—¡Esto sí que ha sido maravilloso! ¿Tendría usted la bondad de hacer su entrada otra vez? ¿Sabe? Cuando la música hace ta-taraaa...

Mona se puso en jarras, y con acento sarcástico, dijo:

—Yo creía que esto era una función benéfica.

—¡Pues, claro que lo es! —corroboró el joven—. Para mi único y exclusivo beneficio.

—¿Sí, eh? Entonces, ¿qué clase de sociedad es esa S. A. M. L.?

—Esa sociedad soy yo—declaró *el público*—. Soy el presidente y todos los socios de la Sociedad Admirativa de Mona Leslie, la cual tiene limitados el número de socios.

Ned Riley, que se había asomado por entre bastidores, había experimentado la misma sorpresa que Mona.



—Oye, Ned—le dijo ésta, irónica—. Ya he conseguido saber lo que es la S. A. M. L.: una casa de locos.

“El presidente y todos los socios de la S. A. M. L.”—como a sí mismo se había denominado el único espectador de aquella noche—, parecía estar un poco ebrio, y así lo hacía sospechar una botella de champán que en un cubo de metal se hallaba cerca de él.

Al ver a Ned, exclamó:

—A usted le conozco yo. Usted es un acróbata. ¡Váyase a su casa, que no queremos acróbata esta noche!

—Yo no soy acróbata. Soy el abuelito de la señorita Leslie—repuso Ned, socarrón.

—Entonces, señorita, ¿quiere usted decirle a su familia que se vaya a dormir?

—¡Oh, lo siento!—declaró Mona, en el mismo tono empleado por Ned, y abrazándose a éste—. Yo soy una chica chapada a la antigua y no puedo estar con un caballero sin dama de compañía. ¿Quieres hacer el favor de acompañar al público, Ned?

—Con mucho gusto—respondió Ned—. Tengo curiosidad de ver cómo

resultas desde el patio de butacas.

—Oiga, yo soy un hombre de honor y no necesito damas de compañía—protestó la S. A. M. L. en peso.

—¡Oh! Esta es muy tolerante—manifestó Mona.

Ned saltó a la platea.

—Yo soy miembro de su sociedad por derecho propio—dijo al extraño personaje que por el capricho de admirar él solo la radiante belleza de la “vedette”, había comprado todas las localidades del teatro.

—¡Ah!—respondió la S. A. M. L.—; siendo así, no he dicho nada. Búsquese asiento.

—¿Podremos encontrar dos juntos?—preguntó Ned, irónico.

—Creo que conseguiremos hallarlos en la fila... veintidós—respondió el otro, en el mismo tono.

—¡Justo! Aquí es—exclamó Ned, sentándose en la primera fila, junto al cubo del champán que el excéntrico joven se había hecho llevar—. No se ve mal desde aquí, ¿verdad, señor?...

—Harrison—le informó la S. A. M. L.; y añadió—: Pero mis enemigos me llaman Bob.

—Entonces yo le llamaré Bob, también.

Mona intervino en aquel duelo de ironías, lanzando también la suya con esta pregunta:

—Respetable público: ¿puedo continuar mi número?

—Continúelo—le autorizó, mayestático, Harrison.

Y la magnífica revista de la cual era alma y vida Mona Leslie, prosiguió.

Los cuadros fastuosos se sucedían en un desfile de maravilla.

Mona lucía su gracia innata y su arte en numerosas intervenciones felices, entre las que descollaban su interpretación de la canción “La indómita” y un brillante bailable en el cuadro mejicano.

Al terminar éste, Bob aplaudió con frenesí.

Y al ver que iba a caer la cortina, protestó:

—¡Alto! No echen el telón. Esperen un momento. Este cuadro es precioso. Vamos a repetirlo. Estaremos repitiéndolo toda la noche.

Adelantóse Mona a las candilejas, y mirándole sarcástica, le dijo:

—Lo repetirá usted si quiere, que lo que es yo...

Harrison no se inmutó:

—Está bien—repuso—. Enton-

ces daremos por terminada la función y venga a cenar conmigo; así esas pobres muchachas podrán irse a su casa a descansar.

Todas acogieron con alegría tal decisión.

Incluso Mona, en lugar de enfadarse, sonrió complacida. Le hacía gracia la desenvoltura y el atrevimiento de su admirador. Sin embargo, creyó de trámite consultar la opinión de su tutor espiritual.

—¿Qué te parece a ti, Ned?—inquirió.

—¡Qué sé yo! Veamos: ¿qué previenen los estatutos de la S. A. M. L. para un caso como este?

—El presidente tiene amplios poderes para hacer lo que le dé la gana—aclaró Bob Harrison.

—Entonces no tengo otro remedio que obedecer a mi presidente no oponiéndome a sus deseos—replicó Ned, inclinándose, ceremonioso.

—¡Bravo! Queda usted nombrado vicepresidente, que es un poquito menos que yo—declaró solemnemente Bob.

—¡Ah! ¡Este momento es casi el más feliz de toda mi vida!

Mona corrió a su camerino, a vestirse.

Cuando ya iba a salir a la calle,



acompañada de Harrison, se encontró con que unos policías le interceptaban el paso.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Que la libertad sólo se le concedió hasta que acabase la función.

—¡Ned!

Dejó Ned el periódico que leía tranquilamente, y respondió con un gruñido.

—Soluciona esto — le ordenó Mona.

—Veamos, ¿qué pasa?

—Se nos acaba de telefonar que viniésemos a detenerla—manifestó uno de los guardias.

A Mona le pareció un poco sospechoso todo aquello.

—Oiga, ¿y quién les ha telefonado a ustedes?—preguntó.

—El individuo que la sacó de la cárcel. Un tal Riley.

Ned se caló el sombrero, y se puso a silbar, haciéndose el distraído para no darse cuenta, voluntariamente, del chaparrón de improperios que le lanzaba Mona.

Luego saludó cómicamente a Harrison. Le había ganado la partida.

### III

Una nube de periodistas aguardaba a la puerta de la cárcel el

momento en que Mona Leslie fuese libertada.

En cuanto la vieron aparecer, las cámaras fotográficas la enfocaron, y un chaparrón de preguntas cayó sobre ella.

—¿Qué hay de Bob Harrison, señorita Leslie?

—¿Es cierto que compró todas las localidades del teatro para poderla admirar a su gusto?

—Si el ejemplo cunde, irá bien el negocio de la revista.

Mona, con el cansancio reflejado en su rostro, pugnaba por librarse del acoso de los reporteros.

—¡Por favor! Déjenme ahora—. No puedo hablar. Estoy rendida de fregar suelos en la prisión.

Un individuo, al parecer periodista también, que ostentaba grueso bigote y protegía sus ojos con gafas negras, se aproximó a Mona, y cogiéndola por un brazo, empezó a decirle, mientras iban descendiendo la escalinata de la cárcel:

—Señorita Leslie: ¿Es cierto que Bob Harrison es el ideal que usted buscaba? ¿Verdad que soñaba con un hombre como él y que ahora, al encontrarlo, ya no desea nada más en este mundo? ¿Verdad que...?

No pudo continuar, porque al re-

cibir un empujón de un periodista impaciente, se le cayeron las gafas y se le desprendió el bigote, viendo con asombro los reporteros que se trataba del propio Bob Harrison, quien al verse descubierto, arrastró consigo a Mona hasta un coche que esperaba al borde de la acera, el cual partió velozmente, zafándose del asedio de los periodistas que arreciaban en sus preguntas.

—¿No quiere hacernos ninguna declaración, señor Harrison?

—¿Podemos anunciar su compromiso matrimonial?

Mientras todo esto ocurría, Ned Riley, tendido en un diván en casa de Mona, leía un periódico en el que, en la primera plana, se daba la noticia de la excentricidad del joven multimillonario y se insinuaba la posibilidad de una complicación amorosa que terminase ante el juez y el sacerdote. Un gran retrato de Mona completaba la información.

—¡Ja! Como esta chica no hay dos—comentó Ned, en voz alta—. ¡Nada menos que en la primera plana! El, un niño imbécil, y Mona que consigue gratis una publicidad que valdría un millón.

La abuelita protestó:

—Conque un imbécil, ¿eh? Lo

que a ti te pasa es que odias todo lo que huele a aristocracia.

—¿Sí? Pues él será todo lo aristócrata que quiera, pero ha necesitado la ayuda de Mona Leslie para salirse de los "Ecos de Sociedad" y colarse en la primera plana.

—Pues lo que yo quisiera es que Mona no apareciese en primera plana y saliese en los "Ecos de Sociedad".

Ned se puso a jugar con la labor de punto que estaba haciendo la abuelita y que ésta había dejado un momento sobre el diván.

—¿Qué hago ahora, Grammy? ¿Crecer uno o menguar dos puntos?

La vieja le arrebató la labor de las manos, furiosa.

—¡Oh! Déjalo. No quiero que la estropees. ¡Estúpido!

—¿Estúpido? ¡Oh! en otros tiempos no me trataba usted así. ¡Ah! Pero tal vez sea mía la culpa. ¡Aquellas noches de primavera que pasamos en París! ¡Las higueras en flor!—bromeó Ned.

—¡Qué gracioso!—refunfuñó la abuela—. Es muy cómodo estar ahí tumbado diciendo tonterías, cuando por tu culpa está Mona otra vez en la cárcel.

—¡Bah! Aun debía estarme agradecida por haber logrado que la de-



jasen hacer la función. Y ahora que hablamos de animalitos: hoy he comprado una yegua nueva.

—¿Qué le pasa a la vieja?

—Pues nada más que eso: que es vieja. Pero la nueva tiene jeta-tura. Aunque yo creo que varián-dole el nombre, tal vez se le quite. ¿Les gustaría a usted y a Mona ve-nir conmigo a bautizarla esta tarde?

—¿Yo madrina de una yegua? Siempre tuve el presentimiento de que llegaría a ser algo importante en esta vida. ¿Y qué nombre le vas a poner?

—Mona.

—¡Ja!

—Porque es tan difícil de con-ducir como ella.

—Te tienes por gracioso, ¿verdad, rico?

—¡Psé!

—Anda, ve a tomar el café.

—Con mucho gusto.

Ned pasó a la habitación conti-gua, a hacerse cargo de la cafetera.

Un minuto después irrumpían en la casa Mona y Bob Harrison.

Se abrazaron las dos mujeres. Mona presentó a su abuela al joven millonario.

—De manera que usted es la abuelita de Mona, ¿eh? Ahora sé de quien ha heredado ésta sus bue-

nas cualidades—dijo el muchacho, para halagar a la anciana.

Con la cafetera en la mano, en-tró Ned.

—¿Gustan los señores? — inqui-rió, siempre burlón.

—¡Hola, abuelito! — exclamó Bob.

—¡Hola, presidente!

Grammy invitó a Harrison a que-darse a comer con ellos.

—¡Oh! no tenemos tiempo—ma-nifestó Mona—. El señor Harrison ha tenido la amabilidad de invitar-me a una tómbola benéfica y voy a cambiarme en seguida de vestido. ¿Quieres ayudarme, abuelita? Pero aprisa, no demos lugar a que salga un par de policías de detrás de la puerta y se la lleve a una a la cár-cel.

Y dirigió una mirada rencorosa a Ned, quien no quiso darse por enterado.

Quedáronse solos los dos hom-bres.

Y comenzó entre ellos un diálo-go cáustico.

—Yo—dijo Bob—, he venido a justificar mi cargo de presidente de la sociedad. Y veo que usted está haciendo honor al suyo.

—No. Yo sólo he venido a visi-tar a la abuelita—mintió Ned.

—¡Oh! Las cosas de sociedad se han de tomar más en serio.

—¿Para qué, si yo no tengo vo-to? No. El presidente es usted. Y ya que está usted aquí para presidir, huelga mi presencia.

Y Ned cogió su sombrero.

Le contempló Bob un momento, muy seriamente, y cambiando la ex-presión burlona de su voz por otra, toda sinceridad, dijo:

—Escuche usted. Supongo que no estaré metiéndome en cercado ajeno.

—¡Bah! no se preocupe—repu-so Ned, jovial, dándole una palma-dita en la espalda—. Tengo de ve-ras que marcharme. Deseo que la reunión de la sociedad le resulta agradable.

—Gracias, ya le enviaré a usted el acta.

—Que no sea la de su defun-ción.

#### IV

Como dos colegiales en tarde de asueto, recorrieron, felices, todas las instalaciones de la tómbola.

En la oscuridad de una casa en-cantada, Bob enlazó a Mona por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Ha llegado el momento de co-brarme lo que me debes — dijo, riendo.

Y estampó sus labios en los de ella, con un beso fogoso.

Mona no opuso resistencia. Y al darse cuenta de su propio abando-no, sintió miedo de sí misma. Se desasíó como pudo de los brazos de su adorador, y le dijo:

—Bueno, ahora que ya has co-brado, sigamos adelante.

—¡Oh, no! Me encanta la sole-dad.

Una gran algarabía se oyó a sus espaldas. Se encendió una luz, y vieron que no estaban solos, sino que tras ellos había toda una fami-lia muy numerosa, con varios chi-quillos incluso, que reían a carca-jadas el incidente del beso.

Escaparon avergonzados y se me-tieron en la cámara de los espejos.

—¡Hú! ¡Esto sí que es estupen-do!—exclamó Bob—. ¡Tú conver-tida en mil! Si una sola ha conse-guido volverme loco, figúrate cómo estaré ahora.

Trataban de encontrar la salida, pero no acertaban a dar con la ver-dadera, pues los espejos que los ro-deaban mentían infinitas salidas.

Ambos reían a carcajada.

—¡Oh! Tú que me has metido



V

aquí, enséñame cómo he de salir—dijo Mona.

—¡Yo qué sé! ¿Me perdonas?

—No.

—Está bien. ¿Quieres dar un paseo en yate?

—¿Aquí?

—No; en un yate de veras.

—¡Oh, no! eso sí que no.

Intentó Mona salir, pero se dió de narices con su propia imagen.

—Por lo menos en mi yate no hay espejos—expresó Bob burlón.

—Ni tampoco caballeros, seguramente—replicó ella.

Disgustó al joven la salida de tono de la artista.

—Está bien. A casita entonces; se acabó la diversión.

Dióse cuenta Mona de que había ofendido a su enamorado admirador, y le rogó que le perdonase y también que se fuesen de allí.

—Sí, pero de los dos sólo yo no sé salir—objetó Bob.

—¿Y qué puedo hacer yo?—inquirió Mona, ingenuamente.

—Esto.

Y el segundo beso fué para ella más dulce y apasionado que el primero. Su voluntad parecía quedarse en manos de aquel hombre.

Mona fué al hipódromo en compañía de Ned a bautizar la yegua, a la cual impuso su propio nombre.

Copo de Nieve, el negrito que Ned Riley tenía de jockey, parecía estar triste.

—¿Qué tienes? — le preguntó Ned—. ¿Es que estás enamorado?

—No. Es que el entrenador me ha dicho que va usted a retirar la yegua de la carrera—respondió el muchacho.

—¿Retirla, Ned? — inquirió Mona, extrañada—. Pero si ya has apostado por ella cinco mil.

—Sí, pero todavía tiene lastimada la pata y no quiero que se quede coja.

Llegó Smiley, quien aseguró que traía una receta maravillosa que le había dado un veterinario para curar las patas de los caballos lesionados.

Y mientras iba sacando papeles y un sin fin de cosas raras de sus bolsillos, que parecían no tener fondo, decía:

—No hay más que frotarle bien cinco o seis veces la pata al veterinario, digo a la yegua, y ésta y su pata quedarán como si acabaran de salir de la fábrica. ¡Ay, mi madre!

—¿Qué te pasa?

—Que me la han robado del bolsillo. ¡Esto sí que es tener mala pata!

Se fué de allí refunfuñando.

También Mona y Ned se alejaron de las cuadras.

Compraron unos cucuruchos de helados y se fueron a pasear por las dependencias del hipódromo.

—¡Hum! ¡Fíjate en lo que han colocado expresamente para mí! — exclamó ella, al divisar una hamaca tendida entre dos árboles. Junto a ella había una mecedora.

—¡Estupendo! Yo ocuparé la otra litera — dijo Ned, sentándose en la mecedora, mientras la joven artista se tendía en la hamaca.

—¡Ah! ¡Qué a gusto se está aquí! — manifestó Mona, desmerezándose y cerrando voluptuosamente los ojos.

—¿Qué tienes? ¿Cansancio?

—Estoy tan rendida, que ya no puedo más.

—¿Has correteado mucho estos últimos días?

—Algo. Pero me he divertido bastante.

—Lo supongo.

Callaron los dos. Ned saboreó un helado, distraídamente. La expresión de su rostro denotaba que ha-

llábase pensando algo de verdadera trascendencia para él.

Al fin habló, pero sus palabras no eran tan decididas como de costumbre, sino que resultaban indecisas, como cortadas por la emoción.

—Escucha, Mona—dijo—. Aca-so no sea tan divertido como esa vida que llevas, pero es el caso que el domingo empiezan los partidos de tenis que yo organizo, y he pensado que tal vez a ti te gustaría...

—Siento no haberlo sabido antes, Ned—le atajó ella—, pero me está esperando un yate.

Desconcertó la respuesta al promotor de deportes.

—Quizás logres pescarlo allí — dijo, con una amarga ironía—, pero has de saber nadar y guardar la ropa.

Cogió una revista que había al alcance de su mano, para disimular su turbación y leyó al azar.

—¡Ja! Escucha esto, Mona. “Declaraciones de amor auténticas”. Sí que es interesante. Yo creo que cuando uno está verdaderamente enamorado, debe sentir vergüenza en declararle a ella que lo está. ¿Qué crees tú?

Mona no respondió. Estaba medio dormida.



—Te he preguntado tu opinión, Mona—recalcó Ned.

—¿Mi opinión? ¿Sobre qué? — preguntó ella, abriendo los ojos.

—Tú me imaginarías diciendo: “¿Cuánto te amo?”

—Al cabo de los años que te conozco, sí que me extrañaría.

—¡Bah! Todos los que se declaran así, deben ser imbéciles.

—No podrían decir eso de ti, si tú lo hicieras, Ned.

Ojeó las declaraciones que había en la revista y se puso a leer en voz alta la descripción de una de ellas, que decía así:

“Aunque Enrique y yo íbamos juntos al Instituto, siempre le consideré sólo como un buen amigo. Figúrese, pues, mi sorpresa, cuando una noche en que me hallaba en el jardín de casa, tendida en una hamaca, le vi aproximarse...”

Mona no prestaba atención a la lectura. Se hallaba rendida. Los párpados se le vencían sobre sus hermosos ojos pardos. Poco a poco íbase quedando dormida.

Ned prosiguió, sin reparar en la actitud de su compañera:

—“Sus ojos tenían un brillo extraño, y todo su cuerpo temblaba. “¡Beatriz!” — susurró. Y entonces extrajo de un bolsillo del chaleco

un anillo de pedida, cuajado de diamantes.

“¡Beatriz! — repitió—. Te amo y quiero casarme contigo. Si no consigo tu amor no podré vivir...”

—¡Hum!...—hizo Ned, con irónica sonrisa; y dando un rápido vistazo al resto de la declaración, resumió: Sí, y acabaron casándose, y colorín colorado.

Creyendo que Mona le atendía, dijo, saboreando de vez en cuando lo que aun le restaba de helado:

—¿Sabes cómo me declararía si me viera en la precisión de hacerlo? Pues yo, prescindiría de todo eso de “¡Te amo!” y “¡No puedo vivir sin ti!” Eso lo adivina toda mujer con sentido común.

Hizo una larga pausa.

—Yo nada más le preguntaría: ¿Cuándo será la boda?

Calló nuevamente.

Se le notaba azorado, inquieto, como seguramente lo había estado el adorador de aquella Beatriz al declararle a ésta su pasión.

—Bien. ¿La boda, cuándo?—repitió.

Y luego, con voz entrecortada, musitó:

—Mona, ¿qué respondes?

Pero Mona dormía tranquilamente y, por lo tanto, no se había

podido enterar de la simple, pero emocionada declaración de amor de Ned, declaración que, para producirse, había tenido la necesidad del acicate tan poderoso de los celos, que, no obstante, sabía ocultar muy bien el enamorado y paternal protector de la joven vedette.

Al darse cuenta de que no era escuchado, Ned Ridey se repuso de aquel inesperado ataque de ternura y de sinceridad, y para alejar de su ánimo la tentación que significaba aquella bella muñequita durmiente que junto a sí tenía, echóse hacia atrás con la mecedora, que chocó contra la hamaca, haciendo que Mona se despertase sobresaltada y se sentase al borde de la hamaca.

—¡Uf! A poco me caigo — comentó, con doble intención, Ned.

—¡Oh! He debido quedarme dormida—dijo ella.

—Sí, ya lo creo. Tú has dormido y yo he sido el que ha tenido la pesadilla—repuso Riley, con ironía, que Mona no podía entender.

## VI

A pesar de que aparentaba ser un muchacho alegre y despreocupado, apto sólo para la diversión,

Bob Harrison llevaba en su espíritu un fondo de melancolía que a veces salía a la superficie y le tornaba en un ser taciturno y apocado, que veía las cosas bajo un prisma absolutamente pesimista.

Así se le apareció a Mona, por un instante, en el yate de él, al cual accedió, por fin, a ir la muchacha.

Sentados ambos en el camarote del propio Bob, tomaban unos cocktails, mientras en la gramola rodaba un disco con la voz de Mona en su canción de mayor éxito: “La indómita”.

—Por cada disco de esos que tú compras, percibo yo diez centavos —comentó Mona.

—¡Si tú supieras que me he pasado noches enteras aquí, escuchando ese disco, cuando tú aún no podías estar conmigo, y con una lucecita en la ventana, por si acaso venías!—dijo Bob.

—Sería una luz de alcohol.

El le abrazó.

—Mona, ¿no sientes nada?

—Sí; que el barco se mueve — repuso ella, no queriendo entender la alusión.

—¡Ya! Y por lo visto yo estoy mareado.

Las manos de él se hacían cada vez más audaces; sus ojos se inyec-



taban en sangre, y Mona sentía en la nuca el fuego de su aliento.

—Lo mejor sería que fuésemos a cubierta—propuso, prudentemente.

Salieron a la luz de la luna. El mar fosforecía como si fuera un manto enorme y maravilloso constelado de lentejuelas.

—Supongo que no te estarás aburriendo conmigo—dijo Bob.

—Ya te lo diría si llegase el caso.

Se sentó Mona en un banco. Bob se tendió en él, utilizando como almohada el acogedor regazo de la bellísima artista.

—Escucha, Mona — la dijo—. Según la opinión de todos los que me conocen, yo voy a terminar muy mal. ¿A ti qué te parece? ¿Acabaré mal?

Creyendo que era pura broma, Mona respondió, con burlona displicencia:

—¡Quién sabe!

—¡Quisiera saber si es cierto, Mona!—replicó Bob, asiéndole las manos con energía.

Su cambio era tan brusco que sobresaltó a la joven.

—¿De qué hablas?

—¡Dime si es verdad que yo no valgo nada!—le imploró Bob.

Ella le cogió por los hombros y le agitó como si se tratase de un ser dormido, al que hay que despertar a la fuerza.

—¡Oh! Gracias, Mona, por los ánimos que intentas darme. ¡Sería muy triste que resultase verdad! Si algún día llegase a tener la absoluta confianza de ello, no sé lo que haría. Lo más probable es que me arrojase por una ventana o que hiciere un disparate por el estilo.

—¡Ah! No hables así, Bob. ¡Por piedad!—le suplicó Mona.

—Bien. Como quieras.

La mujer enérgica, decidida, que había en la artista, hizo su aparición.

—Si yo estuviera en tu caso y creyera que nada valgo, ¿sabes lo qué haría?

—¿Qué?

—Pues hacerme valer. Y si para ello necesitase ayuda, la aceptaría del primero que me la ofreciese.

—¡Eres una chica que sabes encontrar inesperadas soluciones! —le dijo Bob, acariciándola.

—Sólo soy un ángel guardián que a la vez trata de divertirse.

—¡Pues, sálvame, angelito!

—Yo bien quisiera, Bob; te lo aseguro.

—¡Si tú supieras el afecto que te tengo!

—También yo te aprecio a ti. Es más, he de confesarte que...

Iba a decir: "Que te quiero", porque así se lo dictaba su corazón, pero supo contenerse a tiempo para no resbalar por la peligrosa pendiente de la excesiva sinceridad, y exclamó graciosamente, como hablando consigo misma:

—¡Y yo que creía que esta emoción era debida al calor! ¡Mona, de ahora en adelante has de ser más juiciosa!

—Pero no demasiado, ¿eh?—advirtió Bob, en el mismo tono empleado por ella.

—Y sobre todo — prosiguió la joven—, cuidadito, no vayas a caer en la debilidad en que has caído otras veces.

—¿Qué debilidad?

—La de querer hacer felices a los demás. Eso es muy mío.

Los brazos de Bob la rodearon y un beso largo fundió sus bocas.

—¡Qué feliz soy! Y aun podría serlo más.

Calló Mona. Su corazón latía con angustiosa violencia.

—¿Por qué no quieres que sea del todo feliz? ¿Qué respondes, Mona?

Esta conocía demasiado bien el significado que entrañaban las palabras de Bob, y dijo, procurando desasirse de sus brazos:

—Lo que he de responderte, Bob, es que me eres muy simpático y que me das lástima. Y como esta situación resulta muy expuesta para mí, lo mejor es que me acompañes a casa.

—¿Tan expuesta estás?

—¡Te lo ruego, Bob! ¡Llévame a casa!

—¡A la orden, capitán!—dijo él, cuadrándose militarmente.

Cuando se vió en la canoa que la transportaba al muelle, Mona Leslie respiró. ¡Se había hallado tan poco segura de su propia fortaleza en aquel yate!

## VII

Salían del hipódromo Ned Riley, Blossom y Smiley.

Ned había tenido suerte en las apuestas y había cobrado un dineral.

Al pasar frente a una joyería, Ned se quedó como hipnotizado contemplando un escaparate en el que se exhibían numerosos anillos, que deslumbraban con su pedrería.

Tímidamente, como si sus com-



pañeros fueran jueces que pudieran condenarle por aquella muda admisión hacia aquellas alhajas, destinadas principalmente a servir de emblema de enlaces matrimoniales, comentó:

—Verdaderamente, es extraordinario que millones de personas se atrevan a casarse cada año, ¿eh?

—Sí, y hay millones que mueren aplastadas por los autos — opinó Smiley, para quien el matrimonio era una desgracia tan grave como un atropello automovilístico.

—Sí; todas esas desgracias ocurren por las mujeres chóferes. No deberían dejar que las mujeres guiasen nada — manifestó Blossom.

En los labios de Ned se dibujó una sonrisa al oír el comentario filosófico de sus subalternos, y dando unas palmaditas amistosas a ambos, les dijo en el tono de un hombre a quien estorban los curiosos y está deseando verse libre de ellos:

—Escuchad... ¿Queréis ir en coche y esperarme un momento?... Vuelvo en seguida...

Guiñó Blossom significativamente aquellos ojazos peludos que Dios le diera y haciendo un guiño a su compañero, como si quisiera deletrear en mudo “el oncenno no estor-

bar”, se alejó en compañía de éste en busca del auto.

Ned los vio alejarse pensativo y cuando los perdió de vista, entró resueltamente en la joyería y adquirió el más lindo de los anillos de esponsales que le ofrecía melifluo el joyero, que había adivinado un cliente de importancia.

Hecha su compra, Ned Riley, que en aquellos momentos era o se creía ser el hombre más feliz de la tierra, se dirigió apresuradamente a casa de Grammy.

Como un colegial que acaba de hacer una travesura, subió las escaleras de tramo en tramo, y ya frente a la puerta de la anciana oprimió el timbre.

Mientras éste llevaba su retintín alegre a los últimos rincones de la casa, Ned extrajo de su estuche el anillo que acababa de comprar, y trató en vano de introducirlo en uno de sus dedos, demasiado gordos para servir de eje a aquella chuchería.

Contrajéronse sus labios en una mueca burlona al ver la inutilidad de sus esfuerzos y pensando que tras aquella puerta podía hallarse aquella a quien volaban todos sus pensamientos, hizo repicar de nuevo el timbre de entrada.

Sus esfuerzos resultaron inútiles y cansado de emplear este procedimiento normal para hacerse oír, guardó el anillo en uno de los bolsillos de su americana y empezó a repicar con los nudillos en el batiente de la puerta, primero a compás de melodía y por último en un fortísimo que hubiera hecho las delicias del filarmónico Blossom a haber tenido éste la suerte de oírlo.

Como aquello no era ya una llamada, sino un verdadero toque a rebato, Grammy, pese al escándalo que armaba su aspiradora, con la que se entretenía en barrer su pisito, no tuvo más remedio que oír y acudió a abrir la puerta.

—¿Por qué no tocaste el timbre? — preguntó al enfrentarse con Ned.

—¿Qué? — contestó Ned, como si no hubiese oído bien.

—¿Es que no suena el timbre? — trató de rectificar la anciana.

—Pero querida Grammy, ¡si lo he tocado cuatro veces!... Claro, con ese pañolón liado a la cabeza, no es extraño que no me haya oído y más con la escandalera que arma ese cacharro... ¿No está Berta?

—Ni yo lo he oído, ni Berta podía oírlo, porque salió hace un rato.

Ned se dirigió tranquilamente

hacia el sofá y se dejó caer en él displicente.

Por lo que podía juzgar, Mona no estaba en la casa y todo su castillo de naipes se había ido al suelo de un solo sople.

Grammy continuó impertérrita su labor de limpieza y por más que se esforzaba Ned, la vieja no podía oírle.

—¿No puede aumentar el ruido de ese chisme? Porque todavía la oigo a usted — dijo burlón.

—¿Qué?

—¿Dónde está Mona? — preguntó a voz en grito Riley, volviendo a ponerse en pie y acercándose a Grammy.

—¿Por qué gritas de esa manera? — contestó ésta suspendiendo un punto sus tareas.

—Por nada; porque me gusta gritar...

—Mona está en el teatro... ensayando... Allí la encontrarás, si quieres ir...

Ned se acercó al frutero y cogiendo una pera le clavó el diente glotón, pero haciendo un gesto de desagrado volvió a dejarla en su sitio.

—¡Hum! — exclamó, haciendo una mueca—. Cada vez que veo una pera como esta, tan hermosa, no



puedo resistir la tentación de mor-derla... aunque luego me decepcio-ne...

Esta vez le oyó Grammy, porque Ned había tenido la precaución de soltar el enchufe del aspirador.

—¿Qué les pasa a las peras?— preguntó Grammy acercándose a él y cesando en su trabajo.

—Nada... Estaba filosofando... Yo comparo a las peras con el matrimonio. Al probarlas puede uno salir con un diente roto, ¿eh, qué tal?

—¿Y tú qué sabes del matrimonio?

Ned se acercó meloso a la vieja:

—¿Por qué no me ilustra usted sobre ese asunto, abuelita? — preguntó mirándola de hito en hito.

—Creo que ya es demasiado tarde para ello.

¿Y por qué “es demasiado tarde”? A ver, explíquese usted.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella directamente?

—¿Preguntar, qué? —interrogó curioso Riley, que empezaba a interesarse en la conversación.

—Pues, lo que quieres saber: si está enamorada de Harrison.

—¡Ja!... Esa ha sido una idea genial... Dígame algo más.

Grammy se había sentado junto a

él y le miraba con una mirada tierna, verdaderamente maternal.

Le daba lástima aquel hombre—tón tan enérgico en su vida corriente y tan cobarde cuando se hallaba ante los ojos de la mujer amada.

Sabía la abuela de su amor sin límites hacia Mona y quiso ver si despertaba en él al hombre que parecía dormido.

—Luis—empezó a decir—; Mona te está agradecida... Tú la ayudaste a salir del coro... y a elevarse al puesto que hoy ocupa. Ella no olvidará eso nunca... y tú sabes muy bien lo que es una mujer agradecida.

—No, no lo sé — dijo Ned con una seriedad que tenía algo de cómoda, aun cuando aquella música no acabase de sonarle del todo mal en los oídos—. Explíquese usted.

—Escucha...—continuó Grammy con intención—; si ella supiese como yo ciertas cosas de ti...

—¿Qué?... —interrogó Ned, haciéndose el ignorante.

—Una de ellas, que me consta que estás loco rematado por Mona.

Ned se encogió de hombros al oírla y alzó los ojos al cielo, en un gesto que quería ser de comprensión.

—Yo estoy loco rematado por

muchas cosas...—dijo—. Pero, bueno; aunque ella lo supiera, ¿qué?

—Que con tal de no herirte... sería capaz de no volver a ver a Harrison.

—¿Y si no lo sabe?...

—Pues, nada...—se encogió de hombros Grammy a tiempo que se plegaban sus labios en un mohín de disgusto—. Pero entonces sí que no valía la pena de que dejase de ver al hombre de quien está enamorada.

—¿Ha dicho que está enamorada de ese tío?...—preguntó Ned, dando un respingo.

—No... Pero basta verla... Su risa... sus ojos... En fin, tú ya sabes el aspecto que tiene una mujer enamorada...

—¡Oiga! —le interrumpió Ned que no podía ocultar la contrariedad que le causaban aquellas palabras, aunque trató de disimularlo con su tono alegre y dicharachero—, pero, ¿qué es esto? ¿Una cátedra de psicología? Ni sé qué aspecto tiene una mujer agradecida, ni una mujer enamorada... y sospecho que usted tampoco.

—Mira, Ned — dijo molesta la anciana—, yo creo que no sabiendo cómo piensa ella lo mejor es que dejemos esto.

—Lo que puede usted hacer — bromeó Riley, fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer—, es volver a su ganchillo... ¡Ah, y perdóneme lo que la he dicho!... ¿Tiene usted algo de beber?

Se había puesto en pie y miraba en torno suyo, como si aquello fuese ahora lo que más llamase su atención.

—Ahí tienes botellas — contestó Grammy, señalando una mesita en la que se veían unas botellas y unos vasos.

Acercóse Ned a la mesa y tras escanciarse un trago, preguntó, como sin dar importancia a lo que decía:

—¿Qué opina usted de ese Harrison?

—Si lo miras desde el punto de vista de la chica... Como tú no has de casarte con ella... y ella, en cambio, está enamoradísima de él...

Ned, tal vez para disimular sus impresiones, llevó el vaso a los labios y tras paladear el contenido, contestó con indiferencia:

—No es malo este whisky. ¿Quién se lo trae?

—Es verdadero whisky de contrabando—contestó Grammy elogiosa—. Se lo compré al viejo Miguel. Siempre ha sido un buen amigo.



—No hay nada mejor que un viejo amigo, ¿verdad?

Grammy no contestó. Parecía hallarse a cien leguas de distancia de allí.

—¿Sí o no?—volvió a preguntar.

Al ver que tampoco ahora le contestaban, se dirigió hacia la puerta y ya ante ella, murmuró:

—Hasta luego...

—Ned—le dijo Grammy, acercándose a él cariñosa—, tú has sido y seguirás siendo siempre nuestro mejor amigo.

—¡Eso dígaselo a sus pretendientes!—contestó Ned, cerrando la puerta y lanzándose escaleras abajo.

Ya en la calle, automáticamente, como si en realidad no pudiese ir a otra parte, Riley se dirigió al teatro en donde trabajaba Mona.

Como había dicho Grammy, la chiquilla estaba ensayando uno de los números del próximo estreno.

Al entrar en el escenario, el promotor se encontró de manos a boca con Gerardo, el empresario.

—¡Hola, Gerardo!

—¡Hola, Rieley! ¡Cuánto has madrugado! ¿No te ha hecho daño el sol?

—No, ya voy acostumbrando-

me—contestó Ned en el mismo tono chancero—. ¿Qué tal va el número nuevo?

—¡Magnífico!—contestó Gerardo, a quien se adivinaba contento a la primera ojeada—. Fíjate.

Y mostraba a las chicas del conjunto, que, en unión de Mona, trenzaban en aquellos momentos una danza caprichosa.

Aprovechando el que Gerardo tuvo que retirarse llamado por su secretario, Ned quedóse un momento embobado mirando a aquella criatura deliciosa que de tal manera había cambiado, aun sin darse él mismo cuenta de ello, todo su ser.

Mona no tardó en advertir la presencia de su buen amigo, por el que sentía algo, que ni ella misma hubiese podido definir con exactitud.

Interrumpiendo un momento el ensayo del número, corrió hacia él jubilosa.

—¿Pero de veras eres tú? ¡Cuánto hacía que no te veía!

—Es bonito este número—contestó Ned como distraído.

—¿Marchan bien tus asuntos?—preguntó Mona, que no dejó de notar su aire preocupado.

—Sí.

Pero no era Mona persona capaz

de fijar su atención en serio en nada, más de un minuto seguido, y preguntó bailándole la risa en los ojos:

—Papaíto, ¿a que no sabes en dónde estuve el otro día?

—No.

—Pues estuve otra vez en aquel magnífico yate.

—¿Pescaste lo que querías?—gruñó casi Riley.

—No fuimos a pescar—rió ingenua la artista.

—¡Bah, es igual! El caso es que pescaste lo que querías...—murmuró Ned con una sonrisa ambigua.

—En vez de venir con esas ironías, mejor sería que me vieras más a menudo—contestó Mona, haciendo un mohín de disgusto.

—Eso mismo le decía ahora a la abuelita...

—¿Y qué te ha dicho ella?

—Me ha estado hablando todo el rato... del semblante que pones cada vez que se nombra al señor Harrison en tu presencia.

—¿Emocionado, eh?—rió Mona.

—Sí... como el de... una mujer enamorada—terminó Ned con visible dificultad y un cierto temblorcillo en la voz.

Mona fingió que se ponía seria

y contestó amenazándole con el dedo:

—¡Usted sabe, señor Riley, que yo sólo estoy enamorada de mi arte!

—¡Uh, uh...!—hizo Ned, incrédulo.

—Las delicias del verdadero amor—insistió Mona—, no son para las artistas. ¡Oh, Dios!

—Ni los niños con sus rabieta, ¡oh, Dios!—rió Ned, que optó por tomarlo a broma, tal vez para engañarse a sí mismo.

—Ni el amor sincero de un hombre enérgico y bueno, ¡oh, Dios!—continuó Mona, que parecía haberse propuesto, sin saberlo, desesperarle.

Hubo una pausa.

Mona la aprovechó para reunirse a sus compañeras y reanudar el ensayo del número.

En otra escapada, corrió como antes al encuentro de Ned, que no la había perdido de vista un segundo y que la dijo en un tono extraño de voz:

—Lo que yo quisiera conocer son las intenciones de Harrison respecto a ti.

—Creo que son buenas... No temas, recuerdo los consejos que me habéis dado tú y la abuelita.



—Así me gusta, Mona —aprobó Ned, realmente complacido.

En aquel momento el director llamó a la artista.

—Señorita Leslie, haga el favor.

—Espérame, Ned, quiero hablarte de él, y convencerte de lo buen muchacho que es...

Y corrió hacia donde se hallaban sus compañeras, terminando el número de la manera prodigiosa a que ella estaba acostumbrada.

Pero Ned no quiso esperarla.

Para hablar de él, hubiera estado allí la vida entera. Para oírla ponderar a otro, no estaba de humor.

Hubiese acabado por hacer un disparate.

Y hundiéndose el sombrero hasta los ojos, abandonó el teatro, con un dolor punzante en su pobre corazón que sentía hecho cachos en aquellos momentos.

—Estupendo, señorita Leslie— dijo el director entusiasmado al terminar el número—. Y vosotras— continuó, dirigiéndose a la girls—, escuchad...

Mona se apartó del grupo, tras despedirse amablemente de sus compañeras y corrió hacia el sitio en donde dejara antes a su amigo.

Este no estaba allí y Mona co-

rrió por entre bastidores, gritando:

—¡Ned!... ¡Ned!...

Al aventurarse por un pasillo, dió de manos a boca con Bob Harrison, que desde el patio de butacas no había perdido un solo detalle del ensayo y acudía ahora, una vez terminado el mismo a reunirse con ella.

—¿No seré yo lo que anda buscando?—preguntó burlón el presidente de la S. A. M. L.

—¿Quién es usted? —preguntó Mona burlona y mirándole de arriba a abajo—. ¿Forma parte de la compañía?

—¿Usted no me conoce? —contestó Bob, bailándole la diablura en los ojos—. Soy el joven temerario que actúa en el trapecio volante.

—¡Oh, me encantan los acróbatas!—rió Mona, siguiéndole la broma.

—Entonces a volar conmigo.

—A donde tú quieras.

Y los labios de la diablesa se ofrecían tentadores a la caricia de los de Bob, que con su carácter alegre y decididor había acabado por trastornarla el poco juicio de que era poseedora.

—No olvides que me has dado tu palabra —le dijo Bob, estruján-

dola nerviosamente entre sus brazos.

—No. En este instante estoy en una disposición de ánimo irrefrenable.

—¡Hurra!... —gritó Bob, como un loco—. ¡Durante semanas he estado esperando este momento! ¡Quién sabe lo que nos separará!

Y segundos después salían cogidos del brazo en busca de su destino...

## VIII

Ned Riley se hallaba sentado ante la mesa de juego del Club, y, contra su costumbre, perdía postura tras postura.

Parecía haber quebrado la racha de sus triunfos.

La suerte empezaba a burlarse de él, en la mesa de juego... y fue-  
ra de la mesa...

En el momento de ir a afrontar una nueva partida, abrióse la puerta de la sala e hizo su aparición Smiley.

Saludó a uno de los jugadores y se acercó a su amo, colocando ante él un periódico desplegado:

—Patrón, ¿quiere usted leer esto?

Ned, que ignoraba lo que de in-

terés para él podía tener la hoja volandera, contestó con una mueca:

—Lo que quisiera es tener una buena racha... Sería una novedad.

Distraídamente posó sus ojos en el papel impreso, y sus cejas se fruncieron un punto y una amarga sonrisa se dibujó en sus labios.

Lo que acababa de leer, era algo que rompía de una vez todas sus ilusiones. Después de aquello la vida no tenía objeto alguno para él.

En primera plana, con unos titulares mayúsculos y con gran acopio de fotografías, el rotativo daba cuenta de la boda de Mona Elsie, la gentil bailarina, con Bob Harrison, el millonario.

Y no sólo esto, sino detalles vergonzosos del prólogo de aquel acontecimiento extraordinario: una monumental borrachera de los contrayentes, que terminó en vicaría, como podía haber terminado en la cárcel.

—Tú hablas, Luis—dijo en aquel momento uno de los jugadores.

Alzó un momento los ojos y miró estúpidamente las cartas.

—Bueno—se limitó a decir, sin saber a ciencia cierta lo que decía.

—Paso. Yo no quiero —repitieron automáticamente sus dos vecinos de mesa.



—Tú hablas, Ned — repitió la primera voz.

—¡Oh!—contestó Ned, como si volviese de un sueño—. Yo, paso.

Tampoco aquella vez le había sido propicio el naípe.

—Bien — dijo con indiferencia—. La cosa está hecha ¿Cuánto te debo?—preguntó al croupier.

—Veintiocho mil... menos esto, —contestó aquél, mostrándole media docena de fichas.

—Pásate por mi casa esta noche y te daré un cheque — le dijo Riley a tiempo de levantarse.

—Bien... ¡Que tengas más suerte otro día!

—Gracias.

Los demás puntos se despidieron de él, lamentando su mala suerte.

—¡Hasta la vista!

—¡Adiós, amigos...!

Y se dirigió hacia la puerta, seguido de Smiley, que estaba aún más triste que él, pues comprendía lo que aquella noticia de la boda significaba para su amo.

—Riley debe haber perdido su amuleto... — murmuró uno de los jugadores al verle marchar.

—¡Ya era hora, caramba!—contestó otro.

Amo y servidor, cruzaron las ca-

lles en silencio, entregados a sus mutuos pensamientos y unos momentos después llegaban al despacho del promotor en el que Blossom dormía plácidamente.

—¡Eh! ¡Vamos! Despierta...—le zarandeó bruscamente Smiley.

—¿A qué viene tanta prisa?...—contestó el filarmónico, despertándose sobresaltado—. ¿Hay fuego?

—El patrón—se limitó a decir Smiley.

—¡Oh, jefe!—se excusó Blossom restregándose vigorosamente los ojos y poniéndose en pie, como movido por un resorte—. ¿Qué tal la partida?

Ned, pareció por un momento como si despertase de un sueño.

Fué hacia la mesa, manoseó sin saber lo que hacía unos papeles y al meter la mano en uno de los bolsillos, encontró el estuche con el anillo que con tanta ilusión comprara para Mona.

—Me va abandonando la suerte... — murmuró con amargura—. Toma, Rubinstein... un pequeño regalo para ti...

Blossom cogió el objeto que le daba su amo y al abrir la atercio-pelada cajita, no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Atiza! ¡Si es un anillo de bo-

da!... ¿A quién se lo ganaste? ¿De dónde lo has sacado?

Ned hizo un gesto ambiguo y con una sonrisa en los labios, que era todo un poema, contestó con voz quebrada:

—Me lo regalaron en la feria... con un globito... lleno de ilusión y se ha desinflado...

—Muchas gracias, jefe, — dijo Blossom, que no llegó a comprender toda la ironía de aquellas palabras.

Riley púsose en pie y los tres hombres salieron de la casa.

Ya en la calle y ante el auto que les esperaba, el promotor dijo a sus acólitos:

—He pensado dejaros libre lo que resta de día... Hoy tengo ganas de andar un rato...

—¡Oh! pero, ¿y los chicos de la oficina?... —preguntó Blossom, mirando a su amo con asombro.

—Que tomen el aire también—contestó Ned, encogiéndose de hombros—, eso es sano...

Y haciendo un gesto con la mano a guisa de despedida, empezó a andar sin rumbo fijo, a solas con su dolor...

Necesitaba tundir sus nervios, para calmar, si podía, las inquietudes de su alma.

Mona, casada, era para él algo peor que la ruina: era la muerte del corazón, al que no se resucita con todos los talonarios de cheques reunidos en un mazo.

## IX

El hotel en donde se refugiaron después de su doble borrachera: de amor y de alcohol, los recién casados, fué en las primeras horas de la mañana, asaltado materialmente por los "chicos" de la Prensa, que trataban de inquirir detalles de la aventura cerca del encargado del Hotel.

Este se resistía a complacerles, más por temor a los arrebatos de Harrison que por la razón de la dirección del establecimiento.

Los reporteros no cejaban en su empeño:

—Díganos cuanto sepa de los señores Harrison—decía uno de ellos que parecía llevar la voz cantante del grupo—. Se dice que estaban anoche tan borrachos que tuvieron que enseñarle su certificado de casamiento para conseguir habitación en este hotel.

—¿Verdad que se alojan aquí? —intervino otro ante el mutismo del encargado—. Hemos recorrido



350 kilómetros para obtener una información. ¡Vamos, desembuche lo que sepa, hombre de Dios!

El encargado continuó en su hermetismo invulnerable y se limitó a contestar muy serio y muy digno:

—El reglamento del hotel, nos prohíbe facilitar informes de nuestros huéspedes. Lo siento, caballeros...

Uno de los gacetilleros creyó haber dado con un medio de hacer hablar a aquel cancerbero:

—Escuche, amigo—le dijo insinuante—, estoy encaprichado por esa corbata que lleva. Si usted quiere, le doy por ella este billete de diez dólares... y la mía de propina...

El encargado, sin despegar los labios, se quitó la corbata y cogió la de su interlocutor... y el billetito de marras.

—¡Ah! —intervino otro de los informadores, creyendo que aquello sería la llave de la conciencia del hotelero—pues yo le doy cinco dólares por su pañuelo...

Nueva entrega y nuevo apropiamiento del billetito consabido.

—¿Quiere venderme su estilográfica?—propuso un tercero.

Mientras se trató de embolsarse

unos billetes de banco, el encargado se mostró sonriente y servicial.

—Y ahora —propuso el que había hablado primero, creyendo que las puertas de la fortaleza estaban ya de par en par—, tratemos de nuestro asunto. ¿Estaba borracho el señor Harrison cuando llegó con su esposa anoche?

El encargado, que había puesto ya a salvo su fortuna, se inclinó ceremonioso ante sus interlocutores, y contestó con su seriedad característica:

—Lo siento, caballeros, pero el reglamento del hotel nos prohíbe facilitar informes de nuestros huéspedes.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... —dijeron a coro los reporteros.

Y uno de ellos exclamó indignado:

—¡Hombre, es usted un estafador y un sinvergüenza!

Realmente la papalina de su noche de bodas había sido algo verdaderamente fantástico.

Al despertarse aquella mañana en la habitación del hotel, Bob Harrison se llevó ambas manos a la cabeza, para convencerse de que la que tenía sobre los hombros era realmente la suya.

Le dolía horriblemente y todo daba aún vueltas en torno suyo.

En cuanto a Mona, aun en la cama, tampoco estaba muy segura de su identidad.

—¡Oh, me duele horriblemente la cabeza, Bob!... —exclamó quejumbrosa.

—Espera... nena... voy a hacerte un refresco...

Y Bob preparó concienzudamente un espumoso que se disponía a suministrar a su mujercita en el momento en que llamaron a la puerta.

Sin saber lo que hacía, Bob se bebió de un trago el mejunje y fué hasta la puerta.

Era el botones del hotel que le entregó unos papeles:

—El correo y un telegrama, señor.

Cogió la correspondencia y buscó inútilmente en su pijama unas monedas que dar al mensajero.

Convencido de lo inútil de su búsqueda, Bob murmuró excusándose:

—Luego te daré la propina.

Y cerró de nuevo la puerta, dirigiéndose hacia la cama, en la que Mona se había sentado y le decía con un gesto imperativo de cómica gravedad:

—No se mueva usted de ahí, señor... Le prohíbo que se acerque.

—Pero, ¿a qué viene eso? —exclamó Bob, que en el estado en que se hallaba apenas si podía distinguir las bromas de las veras.

—¿Dónde está mi anillo de boda? —continuó Mona que estaba a punto de estallar de risa—. ¿Y el acta de casamiento? No puedo creer que estoy casada hasta que no lo vea...

Bob comprendió al fin y, acercándose a la cama estrechó entre sus brazos a aquella muñeca deliciosa.

—¡Es verdad que estamos casados! Oye, Mona...

—¿Dónde pasaremos la luna de miel? —preguntó la artista sin dejarle acabar.

Bob parecía tener un gran interés en darle algunas explicaciones:

—Escucha, Mona, quiero decirte...

Pero Mona no le dejó acabar:

—¡Ahora no digas nada, Bob!—dijo saltando de la cama y acercándose a él mimosa y acariciadora—. No hablemos nada durante este año... Necesito todo este tiempo para convencerme de que no es un sueño que estamos casados... Y no es que seas una belleza de con-



curso, pero estoy enamorada de ti. ¿Qué vamos a hacer?

—Eso digo yo—contestó Bob un tanto perplejo, pues aquello del matrimonio aun le cogía de sorpresa—. ¿Qué vamos a hacer?

Una llamada telefónica vino a sacarle del apuro en que le había puesto la pregunta de su mujercita.

Cogió el auricular y preguntó:

—¿Diga?... ¡No me da la gana de recibir a ningún periodista!... Está bien. Dígales que ahora bajo...

Se excusó un momento ante Mona y un instante después se hallaba ante los informadores ávidos de detalles de aquella que era la boda más sensacional del año.

—Escuchen ustedes—les dijo con cara de pocos amigos—, ni mi esposa, ni yo, tenemos nada que declarar. Por lo tanto, hagan el favor de retirarse.

Decirlo era cosa fácil, pero en seguida iban a abandonar el campo aquellos testarudos.

Y en un segundo llovieron sobre él las preguntas como disparos de ametralladora:

—¡Díganos algo de la señorita Mercer.

—Creíamos que era su prometida...

—Ya lo creo, como que publicamos la noticia...

—¿Cómo han acabado sus amores de colegiales?

—¿Cuando se deja plantada a una chica, qué se siente?

—¿Y qué debe sentir la que se queda plantada?

—¡Esto! — rugió Bob fuera de sí.

Y de un formidable director a la barbilla el preguntón fué rodando a unos metros de distancia.

Un minuto después, Bob, estaba de regreso en sus habitaciones.

—Ya me he deshecho de ellos—dijo por vía de explicación.

—Me alegro... — contestó Mona—. Son unos pesados...

La artista estaba abriendo las cartas que trajera el correo y que iban dirigidas a ella.

Abrió una y leyó una felicitación de una persona para ella desconocida.

—¿Quién es Eduardo Wilson?—preguntó extrañada.

—Uno de mis corredores de bolsa... Buen chico.

—¡Ah!... Oye, Bob, algunas de estas cartas vienen dirigidas a ti, pero a mí me gusta leer la correspondencia de los demás... ¿Puedo abrirlas?



...había algo más que una desinteresada amistad.



Los cuadros fastuosos se sucedían en un desfile de maravilla.





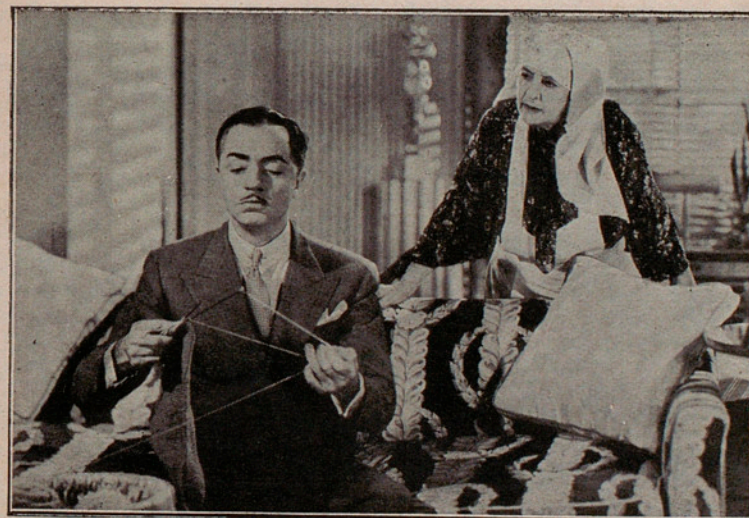
Mona lucía su gracia  
innata y su arte.



—Este momento es casi  
el más feliz de toda  
mi vida.



—Estoy tan rendida que ya no puedo más.



—¿Yo madrina de una yegua?





—Papaíto, ¿a que no sabes dónde estuve el otro día?



—Patrón, ¿quiere usted leer esto?



—Tengo miedo, Bob. Un miedo horrible.



—Caballeros, les presento a "Mala Sangre".





La atención de todos se distrajo hacia la pista.



—Si lo que quiere decir es lo que me figuro, le voy a...



—A cambio de esa cesión exijo algo.



...se negaban en redondo a contratar a Mona.





El bueno de Blossom sufrió un k. o. técnico...



Conmovida hondamente por las palabras de amor de Ned Riley...

—Desde luego.

No esperó una segunda autorización y rasgó el primer sobre:

“Si estás contento con tu matrimonio, también yo... *Jo.*” ¿Quién es *Jo*?

Bob disimuló un gesto de contrariedad y contestó evasiva:

—Una vieja amiga...

—¡Qué atenta!...

Mona abrió el telegrama y leyó:

“— Profundamente disgustado. Vuelve a casa... *Papá.*” Está profundamente disgustado — comentó dolorida Mona—, cuando ni siquiera me conoce... ¡Ah!, ya imagino lo que él estará pensando; una mujer del teatro... una boda repentina...

Se había puesto seria y pegando al cuerpo de su esposo el suyo estremecido, añadió suplicante:

—Bob, creo que debíamos de salir para tu casa inmediatamente.

—¡Oh, no tomes al pie de la letra lo que dice papá! — trató de excusarse Bob, que le temía a verse ante el autor de sus días, por sus razones particulares—. No es necesario precipitarse...

—¿Temes entrevistarte con él?— preguntó Mona inquieta.

Bob adivinó aquella inquietud y, tomando una resolución, murmuró por toda contestación:

—Está bien. Iremos a verle... y pase lo que pase.

“De todos modos, se dijo, tarde o temprano hay que dar este paso.”

## X

El asombro de Berta, la criada negra de Grammy, fué mayúsculo, cuando al abrir la puerta vió ante sí la figura oscilatoria de Ned Riley, que con un frasco de whisky en la mano, y en posesión de una “turca” prodigiosa, se inclinó ceremoniosamente ante ella y la saludó tartajeante:

—¡Ah!... Hermosa hija de África... ¡yo te saludo!

Haciendo unas eses apocalípticas, Ned penetró en la vivienda de la anciana.

—La señora no se ha levantado todavía—dijo Berta mirándole compasiva—. ¿Verdad que es maravilloso lo de la señorita Mona?

—¡Ya lo creo! — contestó entre hipo e hipo Ned, que engulló un nuevo trago de brebaje...

—Ya sabía yo que la señorita Mona pescaría al fin un pez gordo.

Ned pareció no haber oído.

Conocedor de la casa dió unos pasos hacia la puerta de la alcoba de Grammy.



Como los pies se negaban a obedecer con prontitud a sus requerimientos, se detuvo unos instantes y dijo a Berta, que le miraba asombrada:

—La abuelita duerme... pero... aun es temprano y yo traigo felicitaciones... muchas felicitaciones... ¿Un traguito, Berta?

Y alargaba el frasco a la negra, que hizo un ademán enérgico y aun llegó a dar un paso atrás horrorizada:

—¡No, señor!... ¡De ningún modo, señor!

—¿Qué?... ¿Que no quieres beber a la salud de la señorita Mona habiéndose casado? ¡Merecías que te despidiesen! ¡Sí, señor! ¡Abuela!... ¡Eh!...

El hipo iba adquiriendo unas proporciones escalofrantes y el balanceo de la humanidad de Riley estaba en plena tormenta.

—No, señorito Ned — suplicó la pobre Berta tratando de cortarle el paso—, no la despierte...

Ned se la quedó mirando, sin verla, con aquellos ojos vidriosos, que parecían buscar la salida de la cuenca y siguió con esa machaconería de los beodos a prueba de todas las discusiones:

—Querida, ten en cuenta que hoy

es Navidad... Año Nuevo, la fiesta de la República y todas las fiestas reunidas en una sola... y está permitido todo... ¡Abuela!...

Y salvando la distancia que le separaba de la puerta de la alcoba, abrió de un manotazo y dando traspiés fué a caer arrodillado a los pies de la cama, medio derrengado sobre el cuerpo de la pobre Grammy, que ya a sus gritos se había despertado sobresaltada.

—¡Abuela!... ¡Abuela!... Arriba, arriba, arriba, arriba... Vamos a beber un poquito, ¿eh?

—Pero ¿a qué viene esto? — preguntó Grammy dolorida por el estado en que veía a aquel hombre, que era a quien más quería después de su Mona.

—Vamos a brindar por el triunfo de una bella dama... No, no está bien dicho, porque ya ha triunfado... Brindemos por su, ¡eh!... longevidad... gevidad... gevidad... ¡Qué palabrita!... ¡Longevidad!... Sabe lo que significa? Significa... hasta que les desuna... la muerte... Amén... ¡Qué todavía hay para rato!...

Grammy sentía humedecerse los ojos.

Comprendía cuanto había debido sufrir Ned para llegar a ponerse en aquel estado.

Porque aquella borrachera era para olvidar... Para olvidar a Mona...

¡Y borracho aun pensaba más en ella!

¡Pobre Ned!

—He venido... a toda prisa... a brindar con usted... — seguía diciendo el pobre Riley.

Y ordenó a Berta que fuera a buscar unos vasos para brindar los tres por el amita feliz.

—Mona me telefoneó anoche — dijo Grammy, viendo que era inútil cambiar de conversación—. Dice que es muy feliz.

—¡Bien! ¡Eso es magnífico!... Ella es feliz, Harrison también, usted también, yo también. Todos lo somos. ¿Eres feliz, Berta?

—Sí, señor.

—Pues toma un trago...

Y vertió un poco de whisky en el vaso de la negra y en el de la abuela.

—¡No, señor! — se negó una vez más Berta.

—¡Sí, señor!... Todo el que se sienta feliz tiene que demostrarlo... como hago yo...

Y quieras que no, obligó a la negra a que bebiera. Grammy, más astuta, hizo como que bebía, pero

dejó el vaso sobre la mesilla de noche sin probarlo.

—Abuela...—prosiguió Ned, que estaba en pleno período oratorio—, henos aquí a tres compañeros alegres... pensando en tres cosas distintas... en flores de azahar... en anillos de boda... y en atardeceres que transcurren lentos junto al fuego del hogar...

Sus ojos parecían mirar a lo lejos y en su rostro se había extendido un tinte de melancolía.

—Y en días iguales de largos... en los que se hacen zapatitos de lana... lindos zapatitos de lana...

Grammy movió la cabeza pesada. Sentía una congoja en el pecho, pero calló, porque comprendía que su intervención en aquellos momentos había de resultar inútil.

—Bien. Brindemos por ella, mis queridas amigas...

Y de un trago formidabe vació el contenido del vaso.

—¿Otro trago? — dijo al acabar, dirigiéndose a Berta, que le miraba asustada.

—Ya he bebido bastante — dijo la negra—, y no puedo más.

—Berta — la ordenó la anciana—, ve a hacer café.

—Sí, señora...

Y la pobre negra salió de la al-



coba moviendo tristemente la cabeza.

Riley continuaba arrodillado a la cabecera de la cama y apoyándose en ésta, pues se consideraba incapaz de sostenerse por sí solo.

—¡Hum...! — y empezó a cantar con voz ronca: “Prométeme que algún día será mi amor correspondido... Prométeme que algún día...”

Brotó una carcajada sardónica de sus labios, y dijo tratando de conservar el humor alegre:

—¿Sabe una cosa, abuelita? Creo que estoy cambiando la voz...

Grammy intentó al fin consolarle:

—¡Oh!... Aunque no me creas, te juro que no sabía... sus intenciones. ¡De verdad, Ned!

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡No se preocupe usted, abuelita! Un hombre como yo no se deja... vencer fácilmente... Soy un clown... con la cara sonriente... y el corazón sangrante... ¡Pagliacci!... Este... este noble rostro... es sólo una máscara.

—No digas eso... — le interrumpió quejumbrosa la pobre mujer—, tranquilízate... Tienes que sosegar-te, Ned.

—¡Pero... si estoy tranquilo! Un momento, aun trató de justi-

ficar las palabras con el gesto, pero aquello había llegado al límite de lo posible.

Vaciló un momento sobre sí mismo y murmuró con una voz que parecía un sollozo:

—“Y al clarear el día... el desconocido volvió el rostro hacia la pared... y expiró...”

Y al terminar la última sílaba, que sonó en sus labios como un estertor, rodó como un pelele trágico por el suelo...

## XI

Volaba el expreso sobre los raíles y Mona, arrellanada en el lujoso departamento de primera que les conducía hacia la casa de los Harrison, gozaba en la contemplación de aquel paisaje maravilloso.

Bob acababa de salir un momento para saludar a unos amigos y ya esperaba su mujercita impaciente, cuando sonaron unos golpecitos discretos en la puerta del departamento.

—¡Adelante!

Era uno de los mozos del tren.

—¿Quiere el periódico, señora?

—preguntó obsequioso tendiendo a la muchacha uno que llevaba en la mano.

—Sí, haga el favor.

Y al recibir el periódico, dió una propina al mozo que se inclinó sonriente:

—Gracias, señora... Deseo felicitarla a usted en nombre de todo el personal... Es un gran honor llevarla en nuestro tren...

—¡Oh, gracias, son ustedes muy amables!...

Al quedarse sola, Mona quiso distraer el aburrimiento ojeando el periódico que acababa de entregarle el mozo, pero apenas fijó en él la vista, se dibujó en su rostro un gesto de contrariedad.

En primera plana, aparecían su retrato y el de Bob y junto al de éste el de aquella Jo Mercer, la “vieja amiga” de su marido, que no era otra en realidad, que la prometida de su marido, a la que éste dejara plantada para casarse con ella.

¿Querría todavía Bob a aquella mujer?

La extrañaba que no hubiese tenido la franqueza de confesarle aquellas relaciones anteriores a su boda.

Y por primera vez en su vida, Mona supo de la mordedura agria del aguijón de los celos.

En aquel instante entró Bob en el departamento.

A la primera ojeada comprendió que su mujercita tenía algo que la robaba la tranquilidad.

—Ya me tienes aquí de vuelta... ¿Qué te pasa? — preguntó inquieto.

Mona, por toda contestación, le entregó el periódico, indicándole los titulares en que se hablaba de su antiguo noviazgo con Jo Mercer.

—¡Oh!... — trató de disculparse echando la cosa a broma—. ¡Esto fué cosa de chicos!... Uno de esos noviazgos que los padres arreglan entre ellos... Lo concertaron mientras yo estaba en la cuna, y claro, no pude dar mi opinión...

—¿Nada más que eso? — interrogó ya algo más tranquila.

—Nada más.

Tras unos momentos de silencio, murmuró Mona:

—Tengo verdaderos deseos de saludar a tu padre...

Bob, que conocía la manera de pensar de su padre y que veía venir el nubarrón, volvió la cara a otro lado para esconder una mueca harto significativa.

Ya entrada la noche, llegaron a



la mansión señorial de los Harrison.

En la puerta, ceremonioso, digno y respetuoso, les esperaba José, el viejo mayordomo, uno de esos criados a la antigua, que tienen algo de noble en fuerza de rozarse desde chiquillos con sus amos, los de la sangre azul...

—¡Hola, José! — le saludó jovial Bob, que más de una vez saltara sobre sus rodillas de pequeño—. ¿Dónde está papá? ¿Se ha escondido?

—Son cerca de las dos, señorito Bob. El señor esperaba que vinieran ustedes en el tren anterior.

—Sí, pero lo perdimos.

—La cena la tienen ustedes servida junto a la chimenea.

—¡Oh, estupendo! Repararemos las fuerzas. Y tráenos de ese café que sólo sabe hacerse en esta casa.

Salió el criado para cumplir el encargo y Bob llevó a su mujercita ante una mesita, que, como dijera José, estaba colocada entre unos butacones acogedores junto a la chimenea, en la que chisporroteaban alegremente unos leños encendidos.

Abrazáronse los esposos antes de acometer el yantar y Mona dijo mimosa:

—¿No puedes abrazarme más fuerte?

—Ya lo creo... Puedo, si quieres, hasta cortarte la respiración... Pero... ¿qué te pasa? — preguntó inquieto Bob al notar que todo el cuerpo de Mona temblaba nervioso.

—Tengo miedo, Bob... Un miedo enorme... Pero tú siempre estarás de mi parte, pase lo que pase... ¿verdad que sí?

—No tienes por qué temer nada...

Ya más tranquila, Mona afiló sus dientecillos e hizo honor a los exquisitos manjares que componían su primera cena en la mansión señorial de los Harrison.

Hallábanse saboreando el café, cuando apareció José, que parecía como temeroso.

—¿Me permite un momento, señorito?

—Desde luego...

Levantóse Bob y se acercó a su mayordomo, quien le dijo en voz queda:

—El señor dijo que deseaba verle en sus habitaciones tan pronto llegara...

Torció el gesto Bob ante aquella noticia, pero disimuló pronto su temor.

Tarde o temprano tenía que llegar aquel momento.

Encogióse de hombros filosóficamente y rogando a Mona que le aguardase, la dijo:

—Espérame, tengo que subir un momento...

—¿Tu padre? — preguntó adivinadora y temerosa la artista.

—Sí... Ya sabía yo que no se dormiría sin haberme visto... En seguida vuelvo... ¿No te importa?

—Claro que no.

.....

Aunque en el fondo temiera a su padre, como le conocía perfectamente, Bob estuvo muy lejos de mostrar ante él aquel temor, y se presentó en el despacho de su padre, absolutamente tranquilo al menos en apariencia.

El coronel Harrison, era un viejo chapado a la antigua, muy encariñado con sus pergaminos... y con sus millones, y aquella boda absurda — así la calificaba él al menos — de su hijo con una bailarina, deshaciendo el enlace proyectado con Jo Mercer, una de las más nobles herederas del condado, había sido para él un golpe terrible, golpe asestado a un tiempo a su orgullo y a su capricho, dos cosas que son

casi la totalidad del alma de los viejos.

Bob, antes de que se lanzara de lleno en la reprimenda, procuró ganarle por la mano, y empezó a hablarle del amor infinito que sentía por Mona, de lo encantadora que era, de sus bellas cualidades...

El coronel no le dejó acabar la perorata.

—Todo lo que quieras, Bob, pero... ¿por qué... por qué tuviste que casarte?

Bob hubiera podido protestar contra aquello que era una ofensa encubierta contra la que hoy era su legítima mujer, contra la que ya llevaba su apellido, pero optó por echarlo a broma y contestó despreocupado y burlón:

—¿Oye, a ti no se te ha ocurrido nunca mezclar coñac Napoleón con un claro de luna y música alegre?

Harrison contuvo un gesto de cólera y contestó procurando conservar la dignidad:

—Hasta ahora todo lo has tomado a broma, Bob... Pero esto no puedes...

—¿Por qué no? Más vale así... Ya no tiene remedio.

—No creo — le interrumpió el



coronel dando un puñetazo sobre la mesa — que a Jo Mercer le siente muy bien lo que tú consideras una broma.

—¿La has visto? — preguntó su hijo algo inquieto.

—Sí.

—¿Y cómo está?

—Como comprenderás, no se ha rasgado el vestido... Tiene demasiada dignidad para eso. Pero el problema quien tiene que resolverlo ahora soy yo... porque a tú te importa un comino todo...

—¡Oh, perdona! — dijo Bob, que comprendía lo que estaba pensando su padre en aquellos momentos—. Ya me las arreglaré yo como pueda... Y si no querías nada más...

Y dió unos pasos hacia la puerta...

—¡Ah, ah! Está visto que no hemos adelantado mucho... — murmuró sarcástico el coronel—. Anda, vete... que estarás ansioso de volver con tu linda vedette de revistas...

Estas palabras hicieron en Bob el efecto de una bofetada y aun dió un paso airado hacia su padre.

Este comprendió que había ido demasiado lejos y preguntó arrepentido:

—¿Acaso te he lastimado? ¡No sabes cuánto lo siento!

Bob le volvió la espalda y salió de la habitación dando un portazo.

## XII

A la mañana siguiente, Mona se levantó bastante temprano y como el día era espléndido y convidaba a dar un paseo por el campo, salió del castillo y empezó a recorrer los alrededores.

Después de corretear largo rato a su sabor, llegó a orillas de un pequeño estanque y ya iba a sentarse al borde a descansar un rato cuando vió a poca distancia a una linda muchacha que se entretenía en pescar.

Acercóse Mona a la desconocida y la saludó afable y curiosa:

—Buenos días...

—¡Hola!...

—¿Ha tenido suerte?

—¡Ya lo creo! — contestó la pescadora sacando de una cestita que llevaba en bandolera un pececillo minúsculo.

—¡Oh, no es muy buena pesca! — contestó Mona a tiempo que examinaba a su interlocutora.

Era una muchacha distinguida.

Se le notaba a la legua. Era morena, alta, buen tipo, y poseedora de unos ojos espléndidos.

Rió a la exclamación de Mona ingenuamente y contestó sin sombra de malicia:

—Yo siempre he sido así... He despreciado los peces gordos. Cuando cojo uno lo vuelvo a echar al agua...

—Pues yo cuando quiero pescar — rió a su vez Mona, ganada por la simpatía de aquella muchacha tan linda—, lo compro.

—¿No ha pescado usted nunca?

—No, pero sí he salido a cazar... trabajo.

—¡Ah, trabajo!... ¿Le gustaría probar fortuna? — preguntó la desconocida ofreciéndole el aparejo.

—Una vez que lo intenté causé la risa de todo el mundo.

—Pero si es muy sencillo... Primero se echa hacia atrás el brazo... después hacia delante... y luego se tira con fuerza...

Mona había cogido la caña y siguió las indicaciones de su compañera de ocasión.

—¿Así está bien?

—¡Ajá!

Mona quiso seguir al pie de la letra las instrucciones que la diera

su compañera, pero la falta de práctica y más que nada su temperamento nervioso, la hizo tirar con excesiva fuerza del aparejo que fué a enredarse en las ramas de un árbol que estaban sobre sus cabezas.

—¡Oh!... Perdóneme... — exclamó compungida al ver el estropecio.

—¡Bah! No tiene importancia... Por ahí empiezan todos los buenos pescadores. Ahora le pondré otro anzuelo—terminó soltando el aparejo de un tirón.

—No, gracias — se excusó Mona. —Ya ha sido suficiente como primera lección.

Recogió su compañera el aparejo y emprendieron juntas el camino.

—¿Hacia dónde va usted? — preguntó la pescadora tras unos cuantos pasos.

—Esa creo que es mi dirección —dijo Mona después de orientarse.

—Le advierto que no podemos estar aquí... ¿Ve usted aquel letreiro?

—Sí, he visto varios como ese al venir hacia aquí.

—¿Sabe lo que me diría el coronel Harrison si me viera?... Con la mayor cortesía me diría: "Seño-



rita... La tierra será de los humildes, pero esto no ocurrirá hasta el día del juicio. Entretanto... este terreno es de mi propiedad".

—Eso es mucho más probable que me lo dijera a mí — contestó Mona sonriendo.

Su interlocutura se la quedó mirando unos instantes y al fin dijo convencida:

—Usted es Mona Leslie... La he reconocido. Veo que Bob ha sabido escoger bien.

—¡Oh! ¿conoce usted a Bob?

—Sí, somos viejos amigos... Soy Jo Mercer.

Mona sintió que subía el rubor a su rostro y balbuceó mirando a su rival:

—¡Oh... yo... yo ignoraba!... Perdón, si hubiese sabido...

—¡Oh, no hay de qué!... — contestó Jo con sencillez encantadora.

—Ahora que la conozco a usted comprendo mi derrota...

¿Habrás que decir que Jo y Mona se separaron como las mejores amigas del mundo?

.....

Cuando Mona llegó al castillo de regreso de su excursión mañanera, se encontró con José que la estaba esperando.

—Señora... El señor la está aguardando en la terraza. Desea verla a usted.

—Gracias — contestó Mona torciendo el gesto, y añadió para sí: —Bueno, ha llegado el momento de recibir el chaparrón.

—¿Decía usted, señora?

—¡Oh, nada, José! — contestó la mujer de Bob empezando a subir la escalera que llevaba hasta la terraza.

En ésta se hallaba el coronel que tenía sujeto con una cadena un cachorro de perdiguero, muy simpático, por cierto.

—Buenos días, señor Harrison — saludó la muchacha, acercándose sin vacilar al enemigo —. Soy Mona.

—¡Oh! ¿Cómo está usted? — contestó el coronel sorprendido ante la belleza y la juventud de la muchacha —. ¿Se ha levantado Bob?

—Le dejé durmiendo cuando me levanté hace un par de horas.

—¡Hum! — murmuró el viejo mirando con curiosidad a aquella muñequita primorosa.

Mona, para disimular su turbación, se inclinó hacia el chucho al que hizo unas ligeras caricias.

—¡Oh, qué perrito tan simpático!

— dijo queriendo con el elogio captarse las simpatías del dueño.

—Preferiría que no lo acariciase — contestó Harrison un tanto seco.

En aquel momento se acercó uno de los palafreneros, portador de una escopeta y preguntó a su señor:

—¿Lo dejamos para más tarde, señor?

—No, pruébalo. Es mejor ver cuanto antes si sirve o no.

—Bien, señor... Usted me dirá cuándo tengo que disparar.

—Sí... — contestó el viejo y volviéndose a Mona, reanudó su conversación con ésta —. Bien veo que madruga usted a pesar de ser del teatro.

—¡Oh! Ya he recorrido toda la finca — murmuró Mona realmente embelesada —. Es muy hermosa.

—Sí. Ya sabía yo que le gustaría... ¡Hum!... ¿Quiere usted acompañarme? Charlaremos entretanto...

Descendieron la amplia escalinata que llevaba al parque y una vez en el claro, vio Mona que el palafrenero se disponía a disparar a pocos metros de distancia, mientras el viejo Harrison colocaba al perro frente al tirador.

—¿Qué va usted a hacer? — preguntó sorprendida.

—Toda la semana llevo tratando

de acostumbrar a este cachorro al ruido de los disparos, pero hasta ahora no he tenido mucho éxito... Creo que desde aquí... Si esta distancia es suficiente...

Al perro se le notaba inquieto y al ruido del disparo el pobre animal dió un respingo, lo que produjo la natural contrariedad a su amo.

—Pablo me enseñó el telegrama que usted le envió — empezó Mona, dispuesta a romper el fuego — al enterarse de que nos habíamos casado.

—¿Y qué? — se limitó a preguntar Harrison, sin apenas mirarla y mientras el palafrenero a una señal suya acertaba la distancia que le separaba de su amo y se disponía de nuevo a disparar.

—Supuse que usted quería abordar la cuestión ahora mismo.

—Ya me figuraba que era usted una mujer con sentido práctico... Ya está bien así, Donovan — dijo, dirigiéndose a su servidor.

Sonó un nuevo disparo y el cachorro soltó un aullido lastimero.

Hizo Harrison un leve gesto de contrariedad y continuó, dirigiéndose a Mona, de la que no quitaba la vista:

—¿Vio usted los periódicos de la



mañana siguiente a... ¿cómo diría yo?, ¿al festín de su boda?

Mona sintió que la piel de su rostro ardía bajo el rubor.

—Sí, señor, y... y... ¡Oh, comprendo perfectamente su enfado!... Pero si usted conociera a los periodistas, como yo los conozco, sabría la forma en que amañan y aumentan desproporcionalmente las noticias...

—Debe usted perdonar entonces mi inexperiencia—dijo, inclinándose ligeramente, el coronel.

—Le ruego que me escuche. Hacía tiempo que teníamos el propósito de casarnos... y creímos que aquella noche era el momento oportuno para ello.

—¡Sí, eso exactamente dicen los periódicos!

Había tal ironía en estas palabras y un tono tan mordaz en la voz, que Mona sintió que empezaba a hervir la sangre en sus venas, y contestó con sequedad:

—¡Está usted tratándome como si yo fuera un bicho raro que Bob hubiese traído de la selva africana!

—¡Oh, no!...—contestó Harrison, dulcificando algo el tono de su voz—. Pero usted sabe... que un joven que posee varios millones y que está comprometido con una chi-

ca a quien conoce de toda la vida... Porque usted conocería este compromiso, ¿verdad?

—No, señor. La primera noticia que tuve fué la que publicaron los periódicos después de nuestra boda.

—¡Ah, ya! —murmuró, aunque no muy convencido, Harrison—. Bueno, como sea. El caso es que ese joven había bebido demasiado, y borracho se casó con una bailarina, que no goza de muy buena...

Mona sintió el insulto en pleno rostro y acercándose airada a su interlocutor y mirándole cara a cara en son de reto, le atajó secamente:

—Un momento, señor Harrison. ¡Usted no puede hablar de mi reputación, porque nada sabe de ella... ni sabe usted tampoco el sueldo que cobraba, que era suficiente para comprar mis vestidos de París, mis pulseras, mis artículos de fantasía, y para pagar las deudas de mi familia!

Había dicho todo esto de un tirón, y en sus ademanes, en sus miradas y más que todo en el tono de su voz, se adivinaba la irritación que iba dominándola poco a poco.

—Entonces, ¿para qué se casó con Bob?

—Aunque a usted le parezca extraño, le quiero y creo que podré

ser una buena ayuda para él. Esto no quiere decir, que él no pueda... serlo también para mí.

—Es usted muy amable al reconocerlo así—dijo el coronel, con un ligero matiz irónico.

Mona pareció no notarlo y dispuesta a llegar hasta el fin, continuó:

—Pablo me habló de su vida; me dijo lo desgraciado que ha sido, su inquietud y su desaliento desde niño... Necesitaba algo o alguien que le ayudara a encontrar la felicidad y el interés por la vida... y yo quise prestarle esa ayuda.

—Amiguita—sonrió, enigmático, el coronel—, tiene usted demasiado desarrollado el sentido de lo dramático. ¡Se ve que ha trabajado usted demasiado en las tablas!...

Y volviéndose hacia su criado le dijo, imperativo:

—Un poco más cerca, Donovan... Ya es suficiente... ¡Fuego!

A este tercer disparo, hecho casi a dos pasos de distancia, el pobre perrito dió un tirón formidable a la cadena y seguramente se hubiera escapado a no sujetarle Mona, que calmó sus nervios a fuerza de caricias.

—Decididamente creo que no sirve para nada—dijo Harrison—. De-

be tener mala sangre en sus venas... Bien... Perdóneme, querida—continuó, inclinándose ceremoniosamente ante su nuera—, pero tengo que marcharme a la ciudad. Tengo la seguridad de que nos volveremos a ver pronto.

Mona contestó con una leve inclinación de cabeza a su saludo y tirando de la cadena del cachorro, dijo a éste, no sin segunda intención:

—¡Vamos, "Mala sangre"!

Mientras se adentraba en el castillo en busca de sus habitaciones, iba murmurando, como corolario a la conversación anterior:

—Decididamente, mi querido suegro no puede verme ni en pintura... ¡Pero se ha equivocado de medio a medio... y tarde o temprano acabaré por demostrárselo!

### XIII

Fueron pasando los días y Mona y Bob llevaban en el castillo una existencia que para su luna de miel era encantadora.

Hasta entonces no habían hecho más que divertirse, lo que no era difícil de lograr, pues los alrededores del castillo estaban poblados por rancias familias aristocráticas



íntimas de los Harrison de tiempo inmemorial y las fiestas menudeaban en aquellos contornos, y aunque quizá no muy a gusto, el caso es que no tenían otro remedio que invitar al joven matrimonio.

Mona, aparte de su genio alegre y dicharachero, llevaba con la suficiente dignidad el nombre Harrison y nadie hallaba nada que censurarla.

Precisamente aquella mañana se había organizado una partida de caza por la Sociedad de que era uno de los principales elementos—al menos durante su soltería—Bob Harrison.

Vistióse éste su traje de caza, y acompañado por Mona, a la que pensaba dejar en compañía de sus nuevas amiguitas, se dirigieron en auto hacia el sitio de la reunión de los cazadores.

Allí les esperaban Jo Mercer y otras muchachas y muchachos que eran de la partida.

Jo, que vestía un elegante traje de amazona, saludó cariñosamente a Mona:

—Hola, Mona...

—¡Hola, Jo!

—¿Cómo está?

Antes de que la joven tuviera tiempo de contestar, intervino en la

conversación Bob, que hasta entonces se hiciera el distraído.

El muchacho, que había descendido del auto por el lado opuesto a donde se hallaba su antigua novia, se acercó a ésta sonriente.

—¡Hola, Clara!... ¿Qué tal, Rafael? —añadió, dirigiéndose a un muchacho elegantísimo que parecía haberse convertido en el rodrigón inseparable de la de Mercer.

—¡Hola!—contestó el saludado, aunque sin gran efusión.

—¿De dónde has sacado ese caballo, Rafael? —bromeó Bob, que en este punto era incorregible—. Seguramente lo has robado... Algún día te ahorcarán.

—Lo compré en un saldo—rió el otro, ahora de buena gana.

—Te felicito, Bob—dijo en esto Jo, que charlaba animadamente con Mona—. Tienes una mujer encantadora, palabra de honor.

—No sabía que os conocierais—dijo Bob, sorprendido al ver a aquellas dos mujeres tan aparentemente amigas—. ¿Y eso?

—¡Oh!—contestó Jo, riéndose—. Pescábamos en el mismo riachuelo. Por cierto que no tuve mucha suerte...

Bob, que creyó hallar en estas palabras una segunda intención, no

pudo disimular un movimiento nervioso.

Jo, que sin duda se dió cuenta de ello, se volvió hacia su nueva amiga y la dijo, con una sonrisa encantadora:

—¡Ah, Mona! Permítame que le presente al señor Every y al señor Watson.

—Tanto gusto—dijeron éstos, inclinándose.

—El gusto es mío—contestó Mona con una sonrisa encantadora.

Y siempre diablesa, hizo surgir del fondo del auto el cachorro que debía al mal humor de Harrison el viejo, y lo presentó a sus nuevos amigos:

—Caballeros... Les presento a "Mala Sangre".

¿Hubo indirecta en estas palabras?

Jo no creyó darse por aludida y acariciando al perrito comentó, sonriente:

—¡Oh, qué monísimo es!

—¿Usted no monta?—preguntó Rafael a Mona.

—¡Oh! Yo no he montado en mi vida más que en los caballitos del tío-vivo.

Una carcajada a coro fué el comentario a esta ocurrencia.

Bob, que no podía contener sus nervios, dijo a sus amigos:

—Dispensadme. Tengo que presentarme al secretario. ¿A quién le toca esta vez?

—A mi hermano Pedro—contestó Jo.

—La única vez que he asistido a una cacería—continuaba explicando Mona, sin notar que sus palabras ponían fuera de juicio a Bob—fué trabajando en una obra en el teatro... Yo hacía de liebre...

Resonó una estruendosa carcajada a tiempo que Bob iniciaba su marcha hacia el pabellón de caza.

Pero en aquel momento sintió que alguien pronunciaba su nombre y al volverse vió que la que se acercaba a él era Jo Mercer, su antigua prometida.

—Oye, Bob—dijo Jo al hallarse junto a él—, traigo algo que quisiera devolverte.

Y al decir esto alargaba un objeto que Bob reconoció al punto: era el anillo de esponsales que él le diera tiempo atrás, antes de conocer a Mona.

—¡Cuánto lo siento, Jo! —dijo Bob, sinceramente condolido—. No era mi intención. No sé cómo decirte...

—¿Por qué has de sentirlo?—



contestó Jo con una sonrisa encandorada—. No seas tonto. ¿Sentirlo... estando casado con una muchacha así?... ¡Si es deliciosa! De veras te lo digo... No quiero decir con esto que sea superior a mí, pero que vale tanto como yo, no hay duda alguna... Que seas muy dichoso...

Confuso — aunque halagado, ¿por qué no decirlo?—y sin saber qué contestar, Bob se alejó a grandes zancadas hasta llegar al pabellón de caza.

Penetró repartiendo apretones de manos entre los amigos, y al ver a Pedro Mercer sentado en una mesa, dando los últimos toques a los preparativos de la cacería, se acercó a él, bromista y confiado.

Habían sido muy buenos amigos siempre, y no creía que él pudiera estar molesto por su ruptura con su hermana.

Por eso, empezó a hablar con la despreocupación que era en él característica.

—¿Está el señor Mercer en su casa? Vengo a solicitar un empleo de botones en su despacho. Puedo darle muy buenas referencias...

Al oír aquella voz, alzó un instante Pedro la cabeza y se le quedó mirando de arriba a abajo.

—¡Hola, Pedro!

—¡Hola, Bob!—contestó Pedro, muy seco y volviendo a su tarea.

—¡Por el amor de Dios, Pedro!—continuó, chancero, el marido de Mona—. Antaño los hermanos ultrajados se batían con sus ofensores...

—Siento no comprender de qué estás hablando...

—Vamos, no te hagas el desentendido, Pedro. ¿Qué prefieres? ¿Que el duelo sea a pistola o a espada?

—Si no recuerdo mal, un caballero no debe ensuciar nunca su acero—dijo evasivamente el hermano de Jo.

Y fingiendo luego confrontar unos papeles, continuó, en tono ya francamente agresivo:

—Según veo, tu nombre no está en la lista... Deben haberlo omitido por error... Pero el caso es que ya es demasiado tarde y no podrás tomar parte en la cacería... Lo consultaré con el Comité...

Bob se dió al fin cuenta de la agresividad y aun el desprecio que había en las palabras de Pedro, y acercándose aún más a la mesa, preguntó, temblando de cólera:

—¿Quién hizo la lista?

—El Comité me la encargó a mí.

—¿Y omitiste mi nombre... deli-

beradamente? — preguntó Bob, cuyos labios temblaban de rabia.

—¡Deliberadamente! — contestó Pedro, poniéndose en pie y mirándole incisivo.

Bob no hizo más que un solo movimiento y su puño derecho fué a aplastarse contra el rostro de su interlocutor.

La intervención de los amigos hizo que la cosa no pasara a mayores.

—¡Cálmate, Pedro!—dijeron algunos—. Con eso nada se consigue. ¡Cálmate, las señoras pueden entrar en este momento!...

Por su parte Bob salió hecho una furia del pabellón y volvió en dos zancadas hasta el sitio en que estaba su auto y en él Mona en animada charla con varios muchachos y muchachas, que se habían apoyado en la carrocería del coche.

Sin decir nada, Bob subió al baquet y, bruscamente, puso el coche en marcha.

Al arrancar el vehículo dos o tres de aquellos muchachos perdieron apoyo y rodaron por el suelo.

Mona se volvió sorprendida hacia su marido y al ver su rostro ceñudo y sus labios espumajeados, comprendió que algo grave había ocurrido.

—¿Qué pasa, Bob? — preguntó, inquieta.

—Nada.

La contestación salió como un silbido de los labios de Bob.

Mona, en vez de insistir en su demanda, mientras el volante estuviese en manos de aquel hombre que se le veía fuera de sí, se decidió a detener el coche.

—¿Por qué has parado el coche? — preguntó al fin su marido.

—Te he preguntado antes: “¿Qué pasa?”

—Y yo te he contestado: “¡Nada!”

—Seguramente te han dicho algo de mí, ¿verdad?

—¡Oh, no se trata de eso!... Es que todas mis amistades aprecian mucho a Jo y están resentidas... de cómo me he portado con ella... Está bien, que se resientan cuanto quieran. Yo me marcho. Regresaremos a la capital inmediatamente.

—No seas cobarde, Bob—contestó enérgicamente Mona.

—¿Qué quiere decir que no sea cobarde?

En aquel momento la bocina de un coche a quien su auto detenido en mitad de la carretera impedía el paso, sonó con insistencia.

Bob puso en marcha el coche y



cuando estuvieron a bastante distancia de sus seguidores, repitió:

—¿Qué quiere decir que no sea cobarde?

Mona contestó, ya alterados por completo sus nervios:

—¿Crees que es grato para mí quedarme y enfrentarme con todos? Resultaría sencillísimo para los dos acobardarnos y volver al lado de mis amigos. Pero antes o después, hay que afrontar la situación... Yo lo haría ahora, si tú quisieras... ¿Qué dices?

Bob sonrió convencido y contestó, ya olvidado su enfado anterior:

—Eres, realmente, Cenicienta... Ya buscaré el medio de complacerte a ti... y a mis buenos amigos de aquí.

Hasta llegar al castillo no volvieron a hablar del asunto, pero a Mona no se le ocultaba que a partir de aquel mismo instante iba a empezar para ella una vida de infierno.

Aquella gente no perdonaría fácilmente a la "intrusa" y cuantas argucias se pusieran en práctica en lo sucesivo, habían de ir dirigidas directamente contra ella.

¿No hubiera sido mejor marcharse, como la había propuesto su marido?

Tal vez...

Pero el carácter indómito de Mona se avenía mal con las claudicaciones.

¿Humillarse ella?

¡Jamás! La suerte estaba echada y ya veríamos quién llevaba el gato al agua. Sentía verdaderamente fiebre por vengarse de toda aquella gente presuntuosa y estúpida, que encastillada en su necio orgullo racial, no quería o no sabía comprender el lenguaje del corazón...

#### XIV

Desde que se casara Mona con Harrison, como si realmente, como dijera el jugador aquel, hubiera sido la muchacha un amuleto para él, Ned Riley iba de mal en peor.

Negocio en que él se metía era un fracaso rotundo.

No es que estuviera arruinado por completo, pero llevaba camino de estarlo en plazo no muy lejano.

Y como ocurre siempre en estas circunstancias, aquellos mismos que antes le asediaban para tomar parte en sus especulaciones, huían de él como de un hombre apestado.

En la sala de boxeo donde iba a reclutar sus hombres para las grandes veladas pugilísticas, acababa de

sufrir aquella noche el último desengaño.

Había pensado organizar una velada de boxeo y contaba para ella con uno de sus boxeadores favoritos, que le debía a él cuanto valía.

Al hacerle el ofrecimiento el púgil le contestó, visiblemente embrazado:

—Lo siento mucho, señor Riley... pero acabo de firmar un contrato con ese Tierney... que como usted sabe está en buenas relaciones con el Stadium, y me parece que en estos momentos... puede serme de más utilidad que usted.

—Bien — contestó Ned, tragando la ofensa—. Quizá estés en lo cierto. Tierney es un buen chico y has hecho bien en recurrir a él. No obstante, si se te ocurriese cambiar de opinión, ya sabes el número de mi casa. Sólo hay que seguir a la gente. Buena suerte.

Y amargado por aquella nueva ingratitud, se apartó de aquel hombre que así le abandonaba en los momentos de apuro.

Los compañeros del boxeador, y entre ellos Smiley, se acercaron a aquél y empezaron los comentarios.

—Si—dijo uno de ellos, de aspecto ruín y mezquino—sólo hay que seguir a la gente... que se aleja

de su puerta. Ese Luis Riley está arruinado, pero sigue con sus fantasías de siempre...

—¡Ah, cállate!—le atajó el boxeador que acababa de hablar con Ned—. Ahora casi siento remordimientos de lo que he hecho con él. Pero es que temo que me traiga la negra. Riley no ha dado una desde que aquella Leslie le dió la patada. Y la mala pata es contagiosa. La mía empezó cuando murió mi padre. Claro que de eso no tuvo la culpa Riley.

—No, no—intervino Smiley, despreciativo y asqueado—. La culpa fué tuya por no morirte también. ¡Eh, huyamos—añadió, dirigiéndose a los demás boxeadores—, que a este le ha dado el baile de San Vito!

En aquel instante hacía su entrada en el Club, Andrés, el granujilla a quien tantas veces ayudara Ned Riley.

El muchacho estaba desconocido.

Vestía un traje "completo" y parecía dárselas de gran señor.

Dirigióse a uno de los mozos a quien conocía, indudablemente, de antiguo, y le dijo:

—¡Hola, Rojo!, ¿has visto al señor Riley?



—Allí le tienes, Andrés.

Corrió el muchacho tras su protector, gritándole mientras echaba tras él:

—¡Señor Riley, señor Riley!

Volvióse Ned y al ver a su amigo se dibujó en sus labios una sonrisa:

—¡Hola, Andrés!, ¿qué tal?

—Muy bien. Ahora mismo vengo del Hotel y me dijeron que tal vez le encontraría a usted aquí.

—¿Y qué?

—Quisiera hablar con usted a solas.

—Pues aquí mismo. ¿Te parece bien?—contestó Riley, llevando al muchacho hasta un rincón y sentándose en un cajón e invitando al chaval a que hiciera lo mismo—. ¿Qué hay?

—Pues que...—empezó Andrés, que parecía cohibido y que daba vueltas entre sus dedos mugrientos a un regular fajo de billetes—he venido a partir con usted los beneficios del mes pasado. Se dió bien el negocio. Veintiuno con veintitrés.

—Bien—contestó Ned, que no había perdido uno solo de los movimientos de su joven *asociado*—. Vamos a ver primero tu estado de cuentas.

Y al hablar así sacó de uno de

los bolsillos un block de notas. En éste había una carta, cuyo contenido puso un rictus de amargura en los labios torcidos de Ned.

Era del Hotel y le concedían un plazo de unos días para pagar sus atrasos... o echarlo a la calle.

Revisó concienzudamente las cuentas del muchacho, y contestó:

—Veintiuno... veintitrés... Pero tu estado de cuentas no arroja ese beneficio.

Y señalaba el fajo de billetes que tenía Andrés en la diestra.

—¿A qué viene esto?—siguió preguntando Ned.

Andrés balbuceó, sin atreverse a alzar la vista:

—Es que he creído que tal vez necesitase usted algún dinero... y como yo no tengo en qué gastarlo... Ya que usted me ayudó entonces... justo es que yo intente ayudarle a usted ahora.

Ned sintió que un nudo obstruía su garganta y que una lágrima pugnaba por hacer acto de presencia en sus ojos.

—¿Y quién te ha dicho—articuló tras un esfuerzo y fingiendo una alegría, que no era más que eso: fingida—que estoy a la última pregunta? Si precisamente estoy nando en dinero en una forma que

si tuviera un poco más estoy seguro que me ahogaría... Pero eso aparte, no cabe duda de que eres un buen amigo y un socio muy leal. ¿De dónde has sacado este traje?

—¡Oh!

—Te sienta bastante bien, ¿eh?

—Sí; lo compré de segunda mano en una prendería. ¿Le gusta?

—¡Mucho! Ya lo creo. Es estupendo. Esa es la cuestión, querido Andrés. Hay que aguantar el tipo. En los negocios es lo más importante. Es el todo... Aguantar el tipo.

Y sin poder contener más la emoción que le ahogaba, Ned abrazó cariñosamente al pequeño y se despidió de él, pretextando un negocio urgente.

Aquel pequeñuelo le había conmovido profundamente.

...

Días después, Ned Riley en unión de sus inseparables Smiley y Blossom, terminaba sus preparativos de viaje.

En uno de los hipódromos vecinos, se corría un Gran Premio importantísimo y Ned había decidido concurrir a él con "Mona", su yegua favorita, casi lo único que le quedaba de su pasada fortuna.

—Bueno, ya está el equipaje, pa-

trón—dijo Smiley cerrando la última maleta—. Todo está listo.

—¡Y ahora vamos a las carreras de caballos!—gritó Blossom, alborozado.

Pero sus alegrías recibieron de imprevisto una ducha.

—Amigos míos—dijo Ned con voz grave—: quiero deciros cuatro palabras... Se trata de mi mala suerte hace unos meses... Todo cuanto me queda es la yegua. Lo mejor es que toméis lo que os corresponde... y os marchéis con otro a cuyo lado podáis prosperar...

—¡Oh, no!—protestó Smiley, indignado—. ¿Usted se ha creído que somos amigos de ocasión?

—¡No!—corroboró enérgicamente Blossom—. ¡Tú no puedes salir adelante sin nuestro consejo!

—Mirad, muchachos—trató de insistir Ned—. Vosotros sabéis que cuando uno rueda cuesta abajo, no para hasta hundirse en el fondo. ¿Qué os proponéis? ¿Estrellaros conmigo?

—¿Y me va usted a dejar solo con este mono?—gimió Smiley, compungido.

—Nosotros te seguiremos, hagas lo que hagas—afirmó Blossom, casi soltando las lágrimas—. Nos pegaremos a ti.



—Igual que dos emplastos porosos—secundó Smiley.

—De acuerdo—cedió al fin Ned, conmovido ante aquella muestra de lealtad—. Aguantaré los emplastos...

Se oyeron unos golpecitos a la puerta.

—Será el idiota del portero que quiere informes de los caballos—dijo Smiley, cogiendo el primer objeto contundente que halló a mano y disponiéndose a abrir la puerta—. ¡Pues el que le voy a dar se le va a quedar impreso en la cabeza!

Pero después de abrir la puerta se quedó con el brazo en alto, porque quien entraba en aquel momento por la puerta era la abuelita Grammy, que corrió hacia Ned con los brazos abiertos, no sin dirigir una mirada furibunda a Smiley.

—Abuela... ¿Cómo usted aquí?—preguntó, abrazándola, Riley.

—Me encontré al gorila ese, que andaba suelto y me dijo que te marchabas... y he venido a despedirme de ti. ¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—Un mes...

—¡Oh!...

—Y cuando vuelva... correremos usted y yo un juergazo que la sa-

lida del sol nos sorprenderá divirtiéndonos todavía...

—¡Tonterías!—murmuró Grammy, paseando la vista en torno suyo y haciéndose cargo del estado de los negocios de su amigo—. Esto parece el solar de un circo ambulante después de haber levantado el campo. ¿Y a dónde te diriges?

—A las carreras de caballos.

Un relámpago fugaz brilló en las astutas pupilas de Grammy.

—¿A las carreras, eh?—dijo socarrona—. Pues si por casualidad te encontrases con Mona, lo cual no es probable... pero si la vieras, dale mis recuerdos.

—¿Y por qué he de encontrar a Mona?—preguntó Ned, fingiendo indiferencia.

—¿Es que no sabes que el hipódromo se encuentra a unos diez y seis kilómetros de la finca de los Harrison?

—No, no sabía nada...

—¡Ja, ja! Ahora me lo explico—rió para sí Smiley.

—¡Ah, ya! ¿Conque no lo sabías?

—¡Abuela, si digo mentira—afirmó Ned, queriendo aparentar una firmeza que no sentía—, que se muera ése ahora mismo!

Y señalaba a Blossom, que escu-

chaba la conversación sin perder palabra.

Rió la buena señora y cuando ya se marchaba, la dijo Ned:

—¿Vendrá a despedirme?

—¡Pues claro! ¡Con mucho gusto! Figúrate... ¡Voy a tener un mes de paz!

—Ya le mandaré una postal, abuela—dijo Blossom.

—¿Y quién se encargará de escribirte, la yegua?—preguntó burlona, Grammy, empezando a bajar las escaleras.

Ned soltó una carcajada como en sus buenos tiempos...

Porque aunque había negado una y otra vez, era el caso que sabía perfectamente que cerca del hipódromo vivía Mona... y era por verla, por lo que hacía aquel viaje, en cuyos resultados pecuniarios había perdido la fe por completo...

## XV

El hipódromo estaba rebosante mucho antes de que empezaran las carreras. La verde pelusa desaparecía ante los millares de espectadores que acudían a presenciar las carreras por el Gran Premio de X...

Desde mucho antes de la hora señalada para empezar, ya se ha-

llaban allí Ned Riley y sus inseparables compañeros.

Daban los últimos toques a la empresa de aquella tarde en la que se jugaban la última carta de la fortuna del que fuera opulento promotor de deportes.

Y como había supuesto muy acertadamente Grammy, entre los concursantes a la fiesta estaban Mona y su marido Bob Harrison.

De pronto la muchacha lanzó un grito que hizo que su marido la mirase asombrado, temiendo por su razón.

—¡No!

—¿No, qué?—preguntó Bob, atónito.

—No puede ser—repitió Mona, mirando hacia un punto fijo que atraía sus miradas con fuerza de imán.

—¿Pero el qué?—insistió Bob, siguiendo la dirección de los ojos de su mujer.

—¡Si es imposible!

—¿Pero acabaremos por saber lo que te pasa?

—¡Ned... Ned... Ned!...—gritó Mona, echando a correr seguida de Bob hacia el sitio en que se hallaba Riley.

—¡Mona!—gritó a su vez éste, corriendo a su encuentro.



Un momento permanecieron abrazados.

—¡Chiquilla! — resopló Ned, cuando logró desasirse.

—¿Qué tal, Blossom, Smiley?— preguntó la artista, dirigiéndose a sus antiguos camaradas—. ¡Ah, qué alegría me da volverte a ver! ¿Por qué no escribiste? ¿Cuánto hace que estás aquí? ¿Por qué no has venido a verme?

Y las palabras y las preguntas salían tan atropelladas de sus labios, que Ned, que como ella estaba hondamente emocionado, hizo un gesto para contenerla.

—¡Eh! Disparas las preguntas con ametralladoras. Ve diciéndolas más despacio y responderé a todas.

—¡Hola, Riley!—dijo en aquel momento Bob, acercándose al grupo.

—¡Hola, presidente! — contestó el promotor, haciendo al mismo tiempo que Bob el saludo de la S. A. M. L.

—Y secretaria—contestó Bob, señalando a Blossom.

—Oiga usted—gruñó el aludido, amoscado—, ¿tengo yo cara de señorita?

En aquel momento se acercaba a ellos Bola de Nieve, el jokey di-

minuto, llevando del diestro a "Mona", la yegua famosísima.

—¿Te acuerdas de la yegua?—preguntó Riley—. Corre hoy.

—¡Oh, pero si es "Mona"! ¿Cómo estás, guapísima?

—Oiga, señor Riley—dijo el jokey, mientras Mona acariciaba a la yegua y la besuqueaba emocionada.

—¿Pero este es Copo de Nieve o se ha nublado el sol?—rió Mona, al ver la cara del jinete.

—¡Hola, señorita Leslie!, ¿cómo está usted?

—Muy bien, muchacho—contestó Mona.

Y añadió, dirigiéndose a Ned:

—Vente a nuestra tribuna...

—¿No seremos muchos? — preguntó Ned, señalando a sus dos acólitos.

—Aun es usted vice presidente—dijo, bromeando, Bob—. Vengan ustedes. Cabemos todos...

—Gracias—contestó Riley, y volviéndose al jokey le dijo, amenazándole con el dedo—. Si no ganas hoy la carrera, Copo de Nieve, te mando otra vez a la selva.

Y echó a andar con sus amigos.

En la tribuna les esperaban Jo Mercer y unas amigas de los con-

—Tengo el gusto de presentarles

a Ned Riley—dijo Mona a sus amigas—, a Blossom y a Smiley, tres verdaderos hombres malos.

—Venga usted, hombre de las cavernas—dijo una de las muchachas, riendo—, siéntese a mi lado.

—¿Yo? — preguntó Blossom, aturdido.

—Sí, usted.

—Encantado, reina.

—¿Reina? Con esa sola palabra me ha vencido. ¿Es usted pistolero?

—No. Cuando salí del presidio —contestó muy serio el gorila—, decidí abandonar esa carrera.

—¡Ha estado en presidio, chicas! —gritó alborozada la muchacha, dirigiéndose a sus compañeras.

—¿De veras?—preguntó, riéndose, Jo, a quien Mona había contado la odisea de aquellos dos infelices.

—Eso no tiene importancia —murmuró, pavoneándose el aludido.

—¿Viste a la abuelita?—preguntaba Mona a Ned.

—Sí, el día que salí.

—¿Qué tal está? ¿Qué aspecto tiene?

—¡Tan bueno, que si yo tuviese ganas de casarme, me casaba con ella! Ya ves tú...

Hacía tiempo que Mona no reía de tan buena gana.

Bob la miraba intrigado, preguntándose si no era en aquel ambiente donde sería más feliz su mujer...

Y un tinte de tristeza se distendió por su rostro tan alegre de ordinario.

—¿Es usted amigo de los caballos?—preguntaba la vecina de Smiley.

—¿Qué?

—¿Que si le gustan los caballos?

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—Es que a mí sí me gustan.

—¿Que a ti te gustan?—gruñó, alborozado, Smiley—. ¡Chócala, chica, ja, ja, ja! Esto sí que ha sido suerte, coincidir con una chica de nuestros gustos... ¡Ja, ja, ja! Estaba yo una vez en un hipódromo como éste, contando los dientes a los caballos a ver entre todos cuántos años sumaban. ¡Y te advierto que estaba sereno, completamente! Cuando un tío se me acercó y me dijo: "¿Qué pasa?" A lo que yo le contesté: "Hombre, pasar, no pasa nada". Y fué y me atizó un puñetazo en este ojo. Aquel día estaba yo sereno, pero al día siguiente me emborraché... y cuando yo me emborracho, lo hago de veras. Vamos, que no lo hago en broma... Y me volví a encontrar con el mismo tío, ¡ja, ja! Me encontré con él, como te



digo, y le dije: "A ver, ¿qué pasa?" Y él contestó: "¿Qué te pasa a ti?" ¿Y qué dirás que pasó después?

—Que le pegó usted un puñetazo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Que conocías ese cuento? ¿A que resulta que me has estado tomando el pelo?—murmuró, compungido, Smiley, que decididamente era idiota de nacimiento.

Blossom, por su parte, también había hecho migas con sus vecinitas de tribuna y a una de ellas se empeñaba en apostarle cuanto dinero llevaba en el bolsillo y hasta el anillo de esponsales que un día le regalara Ned.

—¡Oh, pero qué dice usted!—contestó la muchacha, fingiendo asustarse ante el atrevimiento—. Esto no puede ser. ¿Es que me está usted pidiendo la mano?

Al oír estas palabras y ver el anillo, intervino Rafael, el amigo de Bob, que estaba sentado junto a Jo Mercer:

—¿Por qué no lo apuesta usted conmigo? Precisamente me está haciendo mucha falta... ¿verdad, Jo?

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Bob, poniéndose pálido y mirando intensamente a su antigua novia.

—Pues... creo que ya es hora de que lo sepáis todos... Rafael y yo nos casamos.

Estalló un verdadero diluvio de exclamaciones:

—¿Que os casáis?

—¡Que sea enhorabuena!

—¿Y para cuándo es la boda?

—¡Qué calladito lo teníais!

—¡Cuánto me alegro, Jo!—dijo sinceramente Mona.

—Gracias, Mona.

—Este acontecimiento merece un brindis — continuó Mona—. Bob, ¿quieres traer bebidas para todos?

—Sí. En seguida voy—contestó el interpelado, aprovechando la ocasión para salir de la tribuna, en donde se ahogaba ya a pesar de estar al aire libre.

En aquel momento empezaba a correrse el Gran Premio y la atención de todos se distrajo hacia la pista.

La lucha desde los primeros momentos fué emocionante y "Mona" desde un principio se colocó en cabeza del pelotón y aun parecía que su victoria estaba asegurada, pero en los últimos metros su seguidor hizo un esfuerzo gigantesco y logró pisar la meta unos centímetros antes que su rival.

La derrota puso una mancha lí-

vida en el rostro de Ned, que queriendo aparentar conformidad, murmuró:

—¡Qué le vamos a hacer! No se puede ganar siempre. Después de todo, llegó el segundo. No hay bolsa, pero queda el honor.

—¡Cuánto lo siento, Ned!—suspiró Mona, que estaba realmente conmovida.

Sólo entonces, pasado aquel momento de emoción, se dió cuenta Mona de que su marido no había vuelto aún.

Y entonces recordó...

¿Seguiría amando a Jo?

## XVI

Y llegó el día de la boda de Jo. Una boda suntuosa, espléndida, fantástica.

Una boda, como la que habría deseado el coronel Harrison para su Bob.

Y la novia era también Jo, pero no el marido.

Bob estaba, aquel día, lívido, descompuesto, martilleándole el cerebro aquellas palabras del sacerdote al pie del altar: "Queridos hermanos: Henos aquí reunidos, ante Dios, y en presencia de esta honorable compañía..."

Al terminar la ceremonia religiosa, los invitados se trasladaron al salón principal del palacio y empezó el baile, en el que tomaba parte la nobleza más rancia de la nación.

Todos parecían alegres, divertidos, dichosos.

Todos, menos dos mujeres: Mona y Jo.

La primera, que bailaba con Ned Riley, invitado a la fiesta por su amiguita de la infancia, decía a éste, temerosa:

—Lo mejor será que vaya a buscar a Bob en cuanto termine este baile... Temo que haga algún disparate...

Por su parte, Jo, tuvo menos paciencia aun, sobre todo después de unas palabras que la dijo su hermano Pedro:

—Clara, tu ex novio está bebiendo demasiado y temo que nos dé un espectáculo lamentable... Ya te dije que no debiste invitarle.

—¿Dónde está? — preguntó Jo, poniéndose intensamente pálida.

—Ahí en el bar. ¿Qué vas a hacer?—preguntó Pedro al verla dirigirse hacia el bar.

—Voy a evitar ese escándalo de que me hablas...



Y Jo se dirigió resueltamente al bar en donde, efectivamente, Bob bebía vaso tras vaso, descorchando por sí mismo las botellas y sirviéndose en cantidades enormes.

Jo se acercó a él y le dijo sonriente:

—Te he estado buscando por todas partes... ¿Es que no vas a bailar con la novia?

Bob volvióse hacia la muchacha, y mirándola socarrón, contestó:

—De modo que se casaron, vivieron felices y colorín colorao, ¿eh?

—Sí, aunque con alguna que otra pelea de vez en cuando—rió Jo, que no quería excitar a aquel hombre a quien sabía arrebatado y violento.

—Clara—dijo en voz queda Bob, acercándose a ella hasta casi tocarla—, ¿sabes que estás muy hermosa esta noche? Todo esto...—siguió mirando como alelado a su alrededor—, ¿es realidad, o no?

—No... no... Cuando suenen las doce en el reloj volveré a convertirme en la Cenicienta—trató de bromear Jo—. Vamos...

Bob no la oía y extendiendo los brazos trató de estrecharla en ellos.

—Señor Harrison—protestó Jo, poniéndose seria—. ¡Que soy una mujer casada!

—¡Casada! ¿Por qué te casaste?

—Parece mentira que no entiendas... Sin embargo, es muy sencillo. Iban pasando los años y mis padres llegaron a temer que me quedase solterona, en vista de lo cual acepté el primero que se presentó.

—No puedo consentir esa broma, Jo.

—¿Y por qué no—dijo con un deje de infinita tristeza Jo—, si tú la empezaste?

—Porque nada más imaginarte en compañía de cualquier hombre me vuelvo loco.

—Pues no me imagines.

—Pero es que tú sola ocupas mi pensamiento...

—¿No te das cuenta de que estás ofendiendo a Mona?

—No, no es ofensa para una mujer que me hizo caer en la trampa del matrimonio, apartándome de la mujer a quien quiero.

—Gracias, Pablo—dijo en este momento una voz sonora.

Volviéronse rápidamente Jo y Bob hacia la que había hablado, que no era otra que Mona, que había llegado momentos antes, y que había oído las últimas palabras de su marido.

—Lo siento, Mona—trató de consolarla Jo, a quien apenaba de ver-

dad aquella escena, de la que ella, en realidad, no era culpable.

—¡Ah, no te preocupes, Clara! ¿De modo que te tendí una trampa, eh? — prosiguió dirigiéndose a su marido con una calma que nada bueno presagiaba—. Me alegro que lo hayas dicho, Pablo... Al fin sé qué clase de sentimiento me profesas.

—Sí — la contestó aquel hombre de rostro embrutecido por el alcohol y furioso por la boda de Jo, que nadie más que él había provocado con su abandono injustificado—. También me alegro yo de que lo sepas... ¿Acaso te lo he ocultado? ¿Por qué tenía yo que ocultarte nada?

En aquel momento llegaba Ned Riley que traía a su amiguita un refresco y que se quedó de una pieza al ver la escena y al oír las palabras que estaba diciendo Bob.

—¡Ah, Mona! Aquí te traía el mantecado... pero... ¿Soy importuno?

—No—dijo canallescamente Bob mirando a Mona y Ned de una manera cínica—el importuno fui yo... Perdonen...

—¿Qué quiere usted decir? — rugió Ned descompuesto.

—Demasiado lo sabe usted...

—¡Canalla!—gruñó Ned, dando un paso adelante, pronto a lanzarse sobre el insolente.

Pero Mona y Jo lograron, no sin grandes esfuerzos, separar a los dos hombres.

—¡Pablo, por favor!—dijo Jo a su amigo—. Debe haber traído papá malos licores porque nunca le he visto conducirte de ese modo.

—¡No estoy borracho!—trató de protestar Bob.

—¡Por favor! — suplicó Jo temblando—, no amargues el día de mi boda.

—Pues yo no consiento que este hombre venga aquí a...

Un rumor que llegó en aquel momento del salón, vino a poner providencialmente fin a aquella escena que amenazaba terminar de mala manera.

—Psch... ¡Escuchen! — dijo con los ojos resplandecientes Ned Riley—. ¿Oyen esa música? Me parece haberla oído antes en alguna otra parte. ¿No es esta tu canción, chiquilla?—terminó, dirigiéndose a Mona.

—Pues, claro—contestó la artista, adivinando el plan de su amigo—. ¡Ya lo creo que es mi canción!

—¡Ven, Mona! Sal ahí en me-



dio a demostrar a todos estos señores lo bien que sabes bailar...

Y arrastró a Mona hasta la entrada del salón...

Al enterarse los invitados de que Mona iba a cantar, avanzaron hasta ella todos los muchachos y la condujeron en triunfo hasta el centro del salón...

Mona, una vez allí, miró comprensivamente a Ned Riley y comprendió que lo que iba a hacer era la mejor lección para el orgullo y la falsía de Bob, de aquel canalla que después de seducirla la escupía al rostro su desdén y sus insultos...

Y de su garganta empezaron a salir, con un deje extraño, impresionante, las primeras notas de la canción de sus triunfos de antaño:

*Yo no puedo bailar, amito.  
Tengo todos los huesos  
moliditos como café...*

Resonaron los aplausos en torno suyo como una verdadera tempestad de entusiasmo y Mona, sola en el centro del salón, empezó aquella danza dislocada, sugestiva, absurda, que tantos aplausos la valiera en sus noches de gloria...

Pero cuando mayor era el jolgorio, el escándalo, en el que tomaba

parte complacida aquella sociedad de hipócritas y farsantes, que sólo pretendían ahora humillar a la "intrusa", sonó un verdadero alarido de fiera:

—¡Paren! ¡Que paren he dicho! ¡Alto!

Era Bob que borracho como una cuba hizo irrupción en el salón pretendiendo acercarse, violento, a la que aun era su mujer.

Esta se había refugiado junto a Jo, que la dijo, cariñosa:

—Has estado encantadora.

—¡No podía esperar otra cosa de ti!—vociferaba su marido echando espumarajos por la boca—. ¡Te creiste que estabas entre la gentuza de tu categoría!

—¡No, pero sería preferible!—contestó Mona con altivez, devolviendo el insulto a todas aquellas gentes que se refocilaban de haber hecho jirones con su honra.

—Mona...—dijo Ned tranquilamente acercándose a la muchacha y colocándose deliberadamente entre ésta y su marido—, ¿qué te parece si bailases el próximo baile conmigo?

—¡Claro, la pareja perfecta!—escupió babosamente Bob—. Enseñanos cómo se baila en ese ambiente canalla, del que procedéis los

dos... Tal vez le deje llevársela allí bailando...

Ned giró rápidamente sobre sus talones y acercándose a aquel imbécil le dijo descompuesto:

—¡Si lo que quiere decir es lo que me figuro, le voy a!...

—¡No, Ned! ¡Déjalo, que está borracho!...—le gritó Mona.

—¡So...!—trató de articular Bob, dirigiéndose a su mujer.

Pero no pudo acabar, porque Ned de una sonora bofetada le envió rodando a unos metros de distancia.

Cuando el beodo logró rehacerse trató de volver hacia su enemigo, pero se interpuso su padre, que le gritó con imperio:

—¡Quieto, Bob! Lo mejor es que te vayas a casa.

—¡Suéltame!—rugió Bob que ya no era ni persona siquiera—. ¡Yo no me dejo tomar el pelo más que una vez!

—Ya arreglaremos eso en casa, muchacho.

—¡Te digo que me sueltes!

Y mientras padre e hijo forcejeaban, Mona, asqueada de lo que estaba viendo, se volvió a Ned y le dijo suplicante:

—Ned, haz el favor de sacarme de aquí.

Obedeció Riley, dando el brazo a su amiga y salieron para siempre de aquella casa, a donde nunca debían haber ido ninguno de los dos.

## XVII

Poco después, en el hotel más próximo, Ned y Mona se refugiaban en una de las habitaciones y recapacitaban sobre lo que acababa de ocurrir.

Mona estaba tranquila. Todo lo que acababa de pasar era para ella una lección y ahora comprendía lo imposible de aquella unión en la que había fijado su dicha...

Aquel no era su centro... y Bob, al fin y al cabo, no era ni más ni menos que como los que desde la cuna le habían rodeado: hipócrita, orgulloso y falso... Y, sin embargo...

—Si quieres hacerme caso—le dijo Ned, que estaba profundamente afectado, como si las ofensas se las hubiesen dirigido sólo a él—te diré una cosa... Tú lo que necesitas es volver con la abuela... quedarte con la abuela, y no separarte de la abuela...

—Mira, Ned. Tú tomas todo esto demasiado en serio, sin pensar



que esta gente es diferente de nosotros.

—¡Ojalá lo sea!...

—Bob estaba borracho. Verás como mañana ya está todo olvidado.

—Así es que no tienes intención de disolver la... S. M. A. L., ¿no es eso?

—No me entiendes, Ned... A mí me da tanto asco como a ti lo que ha ocurrido... pero no puedo separarme de él...

—¿Por qué no? Bien quería hacerlo él esta noche... Quería dimitir su cargo de presidente...

—Sí, ya lo sé. Pero, verás... Allá, para el año que viene... la entidad tendrá un nuevo socio... al cual yo presentaré... aunque no sé si será niño o niña...

Ned hundió la cabeza en el pecho y sintió que algo se desgarraba en él, allá en lo íntimo de su ser...

Mientras sostenían esta conversación, Bob había llegado al hotel y se había enterado del número de la habitación en que estaba su mujer. No tardó en llegar a ésta.

Llamó a la puerta y Riley contestó sencillamente:

—Pase.

—No se levanten por mí—gruñó Bob con tono hosco.

—¿Quiere usted tomar una taza de café?—preguntó Ned tranquilamente.

—No estoy tan borracho...

—¿Y quién ha dicho que lo esté?—contestó Ned, siguiéndole la corriente y cambiando una mirada con su amiga—. Yo no he pensado nunca que hubiese bebido. ¿Verdad, Mona?

—Claro que no.

Bob dió un paso hacia Ned y gritó enfurecido:

—¡Usted es un embustero!

Riley, para quitárselo de encima, se contentó con darle un suave empujón y el borracho fué a hundirse en un butacón que había a su espalda.

—Bueno—siguió diciendo Riley sin darle importancia a lo que acababa de hacer—, es posible que haya tomado una o dos copas. ¿Quiere una taza de café?

—Yo no quiero nada de usted... A quien buscaba es a esta señora. Ya sabía que te encontraría aquí.

—No tenía otro sitio a donde ir, Bob. ¿Quieres que regresemos a casa?

—¿A casa? ¿Y para qué tengo yo que ir a casa? ¡Ja, ja, ja!...

—Vamos, Bob — insistió Mona cogiéndole por un brazo suavemente.

—¡Suéltame!—rugió Bob intentando levantarse

—Tiene razón — intervino conciliador Ned—. Si no quiere ir a casa, pues nada: que no vaya.

—¡No se meta donde no le llaman!—gritó otra vez Bob, que no podía sufrir las ingerencias de Riley.

—De modo que tú crees que yo soy un canalla, ¿eh?

—No, Bob... yo no he dicho eso...

—Si es que a mí no me importa que lo crean y que lo digan... Puedes ir a contárselo a todos tus amigos y a los míos... Pues no tengo yo pocos amigos...

—Y tienes a tu padre...—trató de aconsejar Mona.

—¡Te prohíbo que nombres a mi padre! Y a usted también le prohíbo que nombre a mi padre...

Y otra vez trató de levantarse para acometer a Ned, que le miraba con lástima.

—¡Bob, por favor!...—insistió Mona—. Vámonos a casa...

—No... Ya no tengo solución... No puedo ir a casa... No quiero ir a casa...

—Pues, entonces—volvió a intervenir Ned, al ver que el sueño y la borrachera iban venciendo aquella naturaleza rebelde—, ¿qué le parece si se echara a dormir un poco?... Ande, hombre, no sea así... Vamos a la camita...

Y suavemente, dócilmente, como quien trata a un niño, le cogieron uno por cada brazo y le llevaron hasta la cama que estaba en la habitación contigua.

Una vez allí, lograron sin gran esfuerzo tenderle en el lecho y arrojarle bien en éste.

Logrado esto, apagaron las luces y salieron de puntillas, pero apenas habían llegado al gabinete contiguo, cuando resonó sinies-tramente una detonación.

Mona lanzó un grito espantoso de angustia y se precipitó, seguida de Ned, en la alcoba.

Bob Harrison acababa de saltarse la tapa de los sesos.

## XVIII

La muerte de Bob Harrison fué un escándalo que apasionó a las



multitudes durante todo el curso del proceso, pues hubo de incoarse para averiguar si el muerto había sido asesinado por su esposa o si se había suicidado.

Esta última hipótesis fué admitida por el jurado, que declaró en su veredicto, después de empeñadas discusiones de fiscales y togados, "que el propio Bob Harrison (hijo), se dió muerte haciéndose un disparo de pistola en la sien", según el dictamen unánime de los peritos.

Y unos meses después, Mona Harrison dió a luz un niño, un angelote precioso. Pero inmediatamente empezó la campaña de los abogados de su suegro, que a toda costa querían incapacitarla y arrebatárle el niño.

Y otra vez empezó la lucha sin cuartel, la pugna denodada entre el egoísmo y la honradez...

El abogado que ya la defendiera antes, cuando la muerte de su marido, se puso enteramente a su disposición.

—Diga, Juan, ¿verdad que no pueden arrebatarme a mi hijo? —preguntaba Mona arrasada en llanto.

—Yo sólo soy su abogado. Eso lo decidirán los tribunales.

—¡Oh, llevan las de perder! —dijo Ned, impetuoso—. Lucharemos con todas nuestras fuerzas y ya verá como impondremos las condiciones que queramos.

Pero contra el parecer de Ned, el asunto no siguió adelante, porque a una proposición de avenencia hecha por parte del coronel Harrison, Mona se avino a celebrar una entrevista con su suegro.

Fué Mona la que primero habló para hacer una proposición a aquel hombre encastillado en sus prejuicios de raza.

—Bob—empezó a decir Mona—dejó a su muerte, cerca de un millón de dólares... Aunque los tribunales me concedan esa suma, yo no la quiero.

Harrison no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—No podría tocar esa suma —siguió diciendo Mona— sin que vienesen a mi memoria todas las cosas del pasado.

—Extenderemos, si quiere —intervino el abogado de la parte contraria—, un acta de cesión...

—No se precipite—le atajó serenamente Mona— A cambio de esa cesión exijo algo.

—¿Qué? —preguntó el coronel, que no adivinaba a dónde quería ir a parar aquella mujer, y pensaba del modo más mezquino.

—Que me dejen a mi hijo. Quiero que sea mío. Enteramente mío, sin que nunca tenga usted derecho a reclamármelo. ¿Aceptan ustedes?

—Sí —contestó el coronel—. ¿Quiere usted redactar un acta en que consten todas esas condiciones?

—La tendrá usted mañana —contestó el abogado del coronel.

—Muy bien—dijo por su parte el abogado de Mona.

—Un momento —solicitó Harrison, cuando ya Mona iba a retirarse—. Quisiera estipular una cantidad razonable que sirviera de dote al chico...

—Gracias —le interrumpió Mona—. Es usted muy amable... tanto que su amabilidad me confunde extraordinariamente... Sepa usted, señor Harrison, que yo no he sabido lo que es tener un padre. Cuando me casé, creí que usted llegaría a ser un padre para mí, pero en lugar de ello, me trató como no esperaba. Su caridad llega muy tarde. Cuando la necesité usted se negó a ofrecérmela. Ahora no me hace falta. He sufrido duros golpes de la adversidad, y si para sacar ade-

lante a mi hijo con mis propios medios y educarlo como yo quiero, he de seguir sufriendolos, los soportaré como debo: valientemente... y dichosa al sufrir por él. Perdóneme lo extenso de este discurso... y gracias por todo, señor Harrison. Seguramente no nos veremos muy a menudo en lo sucesivo. Adiós.

Y sin volverse hacia él, sin mirarle una vez siquiera, salió del despacho con la frente erguida y el rostro sereno.

Al llegar a la calle se vió rodeada de público, curiosos, periodistas...

Ned, Smiley y Blossom, la abrieron paso a viva fuerza hasta el coche, y ya en éste, a preguntas de un reportero acabó por contestar:

—Lo que puedo declarar es esto: que mi hijo quedará en mi poder y lo mantendré sin que nadie tenga que prestarme ayuda.

—¿De qué modo?—preguntó el informador.

—Del único que sé: actuando en el teatro...

...

La noticia de que Mona Leslie, la viuda Harrison, volvía al teatro, cayó como una bomba en los medios aristocráticos, e inmediatamente



te se organizó una verdadera cruzada de señoras contra la artista...

Se llegaría a todos los medios, se emplearían todas las violencias para impedir que pusiese en práctica su propósito.

¿Por ella? No. Por el nombre que llevaba su hijo.

Estas maniobras acabaron por exasperar a Ned, que se juró lograr, fuera como fuera, que Mona se saliese con la suya, aun cuando sólo pisara las tablas por una vez.

Aquello era un verdadero atropello y él no estaba dispuesto a consentirlo.

Pero Riley no había contado con el obstáculo más formidable: los empresarios de teatros, ante la campaña de las damas aristócratas, se negaban en redondo a contratar a Mona.

Temían el fracaso...

Y Ned, a quien ahora todas las cosas volvían a salir bien, venció todas estas dificultades. Sin declarar a nadie su secreto, ni a la misma Mona, se hizo empresa, aun cuando buscando un testafarro que apareciese como tal.

No logró del todo guardar su secreto y Dios sabe cómo llegó a oídos de Grammy, que quiso contri-

buir con una parte de sus ahorros en la empresa.

También ella quería dar en la cabeza a aquellas "señoronas rancias".

Y el bueno de Blossom, sufrió un k. o. técnico en un ring, que le valió 200 dólares y que fué su aportación a aquella empresa nobilísima...

Contra todos los pronósticos, contra todas las campañas y todas las difamaciones, Mona Leslie volvió a las tablas...

El patio de butacas era aquella noche un verdadero hervidero y en él se habían dado cita todas las señoras de las asociaciones de protesta, que habían organizado un meneo en toda regla...

Mona, tan acostumbrada a las tablas, tenía aquella noche un miedo cervical y así se lo decía segundos antes de alzarse el telón a su amigo y empresario Riley:

—Ned... En mi vida he tenido tanto miedo como ahora....

—Vamos, chiquilla, tranquilízate... ¡No es la primera vez que pisas la escena!

Y al fin, llegó el momento decisivo...

Alzóse el telón y Mona empezó a cantar...

Al principio la dejaron hacer fríamente, para envalentonarla, pero de pronto empezó la acometida.

Fué primero un siseo aislado, luego un ¡fuera! vergonzoso, luego las palmas de tango y al fin lo inaudito: una de aquellas fieras, sin compasión al raudal de lágrimas que bañaban el rostro de la artista, se alzó de su butaca y acercándose a las candilejas la arrojó al rostro su abanico, gritándola: ¡Asesina!

Aquello colmó la paciencia de Mona, que adelantándose a la batería gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Cómo se atreven!... ¿Cómo se atreven ustedes? Yo les aseguro que no tuve nada que ver con aquel triste y horrible suceso. Toda mi culpa fué casarme con un muchacho tan desgraciado como bueno. Le quería mucho... Yo alentaba la esperanza de llegar a hacerle feliz. No lo conseguí... ¡No pude!... La desdicha se encontraba arraigada en su espíritu... de tal modo... que fué su muerte. Si puede influir algo en ustedes, sepan que no tengo un centavo. Cuanto poseo es mi hijo y mi profesión. Mi arte. Nada ha cambiado en mí. Soy la misma de antes. Han sido ustedes quienes han cambiado. Tenía esperanzas de ga-

narme la vida cantando y bailando, como siempre hice. No creo que esto sea pedir demasiado... Pero si lo fuere, y esta canción fuese la última que he de cantar en su presencia, me atrevo a rogarles... que tengan la cortesía de escucharme hasta el fin...

Y dirigiéndose al maestro, que la miraba estupefacto, le dijo:

—Siga, maestro.

Sus palabras produjeron un efecto sorprendente. Los mismos que antes la zaherían y la vituperaban, aquellos que la habían preparado aquella encerrona, se sintieron avergonzados de sí mismos ante su dolor y su sinceridad y la hicieron cantar otra canción...

Empezó ésta apoyada en uno de los lados del escenario, casi en los bastidores y, tras uno de éstos, Ned Riley fué acercándose a ella y en la oscuridad buscó su mano, que pendía lacia a lo largo del cuerpo, y empezó a musitar en su oído:

—Después de todo, esta es una ocasión como otra cualquiera... porque, generalmente, te duermes cuando me voy a declarar... Estoy seguro de que sabrás hacerme un hombre casero y formal... Ahora, no vayas a creer que estoy loco por ti... pero me gusta tanto tu crío...



y como tu abuela me quiere... Te prometo que no te daré qué hacer... Yo me cuidaré de la casa...

Y así, llorando de emoción por el peso de los aplausos y de aque-

llas ovaciones delirantes, conmovida hondamente por las palabras de amor de Ned Riley, entró Mona Leslie en la segunda parte de su vida... la feliz... la verdadera....

FIN

**Próximo número:**

LA DELICIOSA NOVELA

## LA PEQUEÑA CORONELA

por Shirley Temple y Lionel Barrymore

**¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!**

## COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

### LIBROS PUBLICADOS:

- |                            |                           |                            |                                |
|----------------------------|---------------------------|----------------------------|--------------------------------|
| La viuda alegre.           | Los cosacos.              | Esclavas de la moda.       | Pareja de baile.               |
| El gran deshielo.          | Los caros.                | Petit Café.                | Al Capone (Fánico en Chicago). |
| Miguel Strogoff, o el      | El conde de Montecristo.  | Hay que casar al príncipe. | El último amor.                |
| Correo del Zar.            | La mujer ligera.          | Inspiración.               | Muchachas de uniforme.         |
| La princesa que supo       | Virgenes modernas.        | El proceso de Mary Du-     | Marido y mujer.                |
| amar.                      | El pagano de Tahiti.      | gan.                       | Mata-Hari.                     |
| El coche número 13.        | Estrellas dichosas.       | Marruecos.                 | En cada puerto un amor.        |
| sin familia.               | La senda del 98.          | ¿Conoces a tu mujer?       | ¿El millón.                    |
| Mare Nostrum.              | Esto es el cielo.         | La mujer X.                | Erase una vez un vals.         |
| Nantas, el hombre que se   | Espejismos.               | Gente alegre.              | Hombres en mi vida.            |
| vendió.                    | Evangeline.               | Mar de fondo.              | Niebla.                        |
| Cobra.                     | Orquídeas salvajes.       | La llama sagrada.          | Rebeca.                        |
| El fin de Moracerio.       | El caballero.             | La ley del naren.          | Indescible.                    |
| Vida bohemia.              | Egoismo.                  | La fruta amarga.           | Tarzan de los monos.           |
| Zaza.                      | La máscara del diablo.    | Vidas truncadas.           | El terror del nampa.           |
| ¡Adiós, juventud!          | El pan nuestro de cada    | La nera del mar.           | La vuelta al mundo po-         |
| El judío errante.          | día.                      | Tabu.                      | Douglas Fairbanks.             |
| La mujer desnuda.          | Vieja hidalga.            | El pasado acusa.           | Chica bien.                    |
| La tía Ramona.             | Obsesión.                 | Papa piernas largas.       | Recien casados.                |
| Casanova.                  | Entación.                 | Trider Horn.               | Champ (El campeón).            |
| Hotel Imperial.            | La pecadora.              | Un yanqui en la corte      | La zarpa del jaguar.           |
| Don Juan, el burlador de   | El beso.                  | del rey Arturo.            | Los amores de José Ma-         |
| Sevilla.                   | Ella se va a la guerra.   | El código penal.           | rica (fuera de serie).         |
| Noche nupcial.             | Los hijos de nadie.       | La pura verdad.            | El caballero de la noche.      |
| El séptimo cielo.          | El pescador de perlas.    | Maternidad, o el derecho   | Arseac Lupin.                  |
| Beau Geste.                | Santa Isabel de Ceres.    | a la vida (fuera de se-    | La dama del 13.                |
| Los vencedores del futuro. | Las dos hermanas.         | rie).                      | Amor en venta.                 |
| Ben-Hur.                   | La canción de la estopa.  | Carbon (La tragedia de     | El pecado de Madelon.          |
| El demonio y la carne.     | El precio de un beso.     | la mina).                  | Claudet.                       |
| La castellana del Líbano.  | La rapsodia del recuerdo. | Estudiantina.              | La casa de los muertos.        |
| La tierra de todos.        | Del mismo barro.          | Las peripecias de Skippy.  | Antares del cielo.             |
| Aropolis.                  | Estrellados.              | ¡Qué viudita!              | El proceso Dreyfus.            |
| El rey de reyes.           | El cuatro de Infantería.  | El camino de la vida.      | La vida de un gran ar-         |
| Sangre y arena.            | Olimpia.                  | Noches de Viena.           | tista.                         |
| La ciudad castigada.       | Monsieur Sans-Gené.       | Mama.                      | El último varón sobre la       |
| Águilas triunfantes.       | Sombras de gloria.        | Cheri-Bibi.                | Tierra.                        |
| El sargento Malacara.      | Mamba.                    | besame otra vez.           | Fantomas.                      |
| El capitán Sorrell.        | Molly (la gran parada).   | Camarotes de lujo.         | Violetas imperiales.           |
| El jardín del edén.        |                           | Los hijos de la calle.     | Teresita.                      |
| La princesa mártir.        |                           | La divorciada.             | La película de las estre-      |
| Ramona.                    |                           | Madame Satan.              | llas. Grand Hotel (fu-         |
| Dos amantes.               |                           | ¿Cuándo te suicidas?       | ra de serie).                  |
| El príncipe estudiante.    |                           | Marianita.                 | Soy un fugitivo.               |
| Ana Karenine.              |                           | El carnet amarillo.        | Hollywood al desnudo.          |
| El destino de la carne.    |                           | Honraras a tu madre.       | Sangre roja.                   |
| La mujer divina.           |                           | Su última noche.           | El doctor X.                   |
| Alas.                      |                           | Las alegres chicas de      | Emma.                          |
| Cuatro hijos.              |                           | Viena.                     | Primavera en otoño.            |
| El carnaval de Venecia.    |                           | Viva la libertad!          | El hijo del destino.           |
| El ángel de la calle.      |                           | Salvada.                   | Ella o ninguna.                |
| La última cita.            |                           | El teniente del amor.      | El enemigo de la sangre        |
| El enemigo.                |                           | Deliciosa.                 | i azul del cielo.              |
| Amantes.                   |                           | Cielo robado.              | El monstruo de la ciudad.      |
| La bailarina de la Opera.  |                           | Amargo idilio.             | El hombre que se reía          |
| Moulin Rouge.              |                           | Honor entre amantes.       | del amor.                      |
| Ben Ali.                   |                           | Para alcanzar la luna.     | Lusan Lenox.                   |
| Los cuatro diablos.        |                           | El hombre que asesinó.     | Mercado de mujeres.            |
| ¡Kie, payaso, riel         |                           | ¡Kindase!                  | Manos culpables.               |
| Volga, Volga.              |                           | La calle.                  | La princesa se divierte.       |
| La sinfonía patética.      |                           | El prófugo.                | La mano asesina.               |
| Un cierto muchacho.        |                           | Militia de paz.            | El rey de los gitanos.         |
| ¡Nostalgia!                |                           | Amores de medianoche.      | El sargento X.                 |
| La ruta de Singapore.      |                           | Esta edad moderna.         | Los seis misterios.            |
| La actriz.                 |                           | La novia de Escocia.       | Los seis misterios.            |
| Mister Wu.                 |                           | Besos al pasar.            | El mayor amor.                 |
| Renacer.                   |                           | El expreso fantasma.       | Al despertar.                  |
| El despertar.              |                           | El robo de la Monna La-    | sa (La Gioconda).              |
| La melodía del amor.       |                           | La edad de amar.           | Salvada.                       |
| Las tres pasiones.         |                           |                            |                                |
| Cristina, la Holandesita.  |                           |                            |                                |
| ¡Viva Madrid, que es mi    |                           |                            |                                |
| pueblo!                    |                           |                            |                                |
| Sombras blancas.           |                           |                            |                                |
| La copia andaluza.         |                           |                            |                                |



Divorcio por amor.	El cantar de los cantares. Eskimo.	La generalita.
Corazones sin rumbo.	La llama eterna.	Por mal camino.
Corazones valientes.	El rey de los íosforos.	La legión blanca.
Trusta-fugazot-Demare	La Cruz y la Espada.	Cruz Diabla.
(fuera de serie).	El canto del ruiseñor.	Lo que los dioses destru-
Los tres mosqueteros	Adios a las armas.	yen.
(Los Herretes de	La mundana.	¿Quién mató a Eva?
reina).	Tú eres mío!	Fiesta en palacio.
Milady (Segunda parte de Catalina de Rusia.	empestad al amanecer.	Oro y plata.
Los tres mosqueteros).	anta.	El fantasma del convento
Esclavitud.	Belleza a la venta.	El amor que necesitan las
La calle 42.	¡Jalá.	mujeres.
Las dos huerfanitas.	La hermana blanca.	Angel del arroyo.
Cabalgata.	La Reina Cristina de Sue-	Capturados.
Secretos.	cia.	La Maternal.
La feria de la vida.	Por un solo desiliz.	Los de 14 años.
Una morena y una rubia.	Se ha fugado un preso.	Fedora.
Como tú me deseas.	El error de los padres.	Doy mi amor.
El relicario.	La ciudad de cartón.	Los claveles de la Virgen
El amor y la suerte.	Honduras de infierno.	Crisis mundial.
Una viuda romántica.	Doña Francisquita.	El explotador de mujeres.
Rasputin y la Zarina.	El café de la marina.	Encadenada
Busana tiene un secreto.	El agua en el suelo.	Imperio Argentina
20.000 años en Sing Sing.	El boxeador y la dama.	El pan nuestro de cada día
Huérfanos en Budapest.	Esclavos de la tierra.	Toda corazón
¿Milagro?	Mujeres y 1 Don Juan.	Barreras injranqueables
Vivamos hoy.	Alma de bailarina.	La bien pagada
Odio.	Yo he sido espía.	El último contrabandista
Los crímenes del museo.	No seas celosa.	El niño de las monjas
El secreto del mar.	Desfile de candilejas.	Por unos ojos negros
Mis labios engañan.	Aves sin rumbo.	Don Quintín, el amargao
No dejes la puerta abierta.	Simona es así.	El consejero del rey
Dos noches.	Pescada en la calle.	El brindis de la muerte
La melodía prohibida.	Una noche en El Cairo.	Abdul Hamid
El primer derecho de un	Rosa de medianoche.	La madreclita
hijo.	El rey de la plata.	Asegure a su mujer
Canción de Oriente.	Sobre el cieno.	El juramento de Lagardère
La amargura del general	Las sorpresas del coche	El conde de Montecristo
Yem.	cama.	Julietta compra un hijo
Boliche.	Sol en la nieve.	Carlos Gardel
La vida privada de Enri-	Madres de bastidores.	Nobleza Baturra
que Vill.	La portera de la fábrica.	El velo pintado
Fra Diavolo.	Granaderos del amor.	Nuestra hijita
El padrino ideal.	Fanny.	Amor de madre
El judío errante.	Siempre en mi corazón.	Vivamos de nuevo
El hijo de la parroquia.	Tarzár y su compañera.	
Letty Lynton.	El gato y el violín.	
Barrio Chino.	Sor Angélica.	
Yo, tú y ella.	Judex.	
Un ladrón en la alcoba.	Casanova.	
Un hombre de corazón.	El primer amor.	
Sierra de Ronda.		
	Un capitán de cosacos.	
	El altar de la moda.	
	La virgen de la roca.	
	La herencia.	
	Madame Du Barry.	
	Sucedió una noche.	
	Hombres en blanco.	
	Fueron humanos.	
	¡Viva la vida!	
	El negro que tenía el al-	
	ma blanca.	
	Carolina.	
	Cuesta abajo.	
	Sola con su amor.	
	El mundo cambia.	
	Canción de cuna.	
	Paz en la tierra.	
	La dama del boulevard.	
	La hermana San Sulpicio.	
	El signo de la muerte.	
	La dolorosa.	
	Las fronteras del amor.	
	Wonder Bar.	
	La dama de las camelias.	
	La doncella de postín.	
	Caravana.	
	Hombres del mañana.	
	Así ama la mujer.	
	La buenaventura.	
	Nada más que una mujer.	
	Danza por un día.	
	La espía n.º 13.	
	Señora casada necesita ma-	
	rido.	
	¡Viva Villa!	
	Busco un millonario.	
	Infonías del corazón.	
	El novio de mamá.	
	Mademoiselle Doctor.	
	Las Vírgenes de Wimpol-	
	Street.	
	Las mil y dos noches.	
	Al llegar la primavera.	
	Madrid se divorcia.	
	Podá una mujer.	
	Yo capto para ti.	
	Ojos carifiosos.	
	Al compás del amor.	
	Espigas de oro.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

## GRAN EXITO DE

**La bien pagada**

**Nobleza baturra**

**El niño de las monjas**

**Madre alegría**

**Rosario la cortijera**

**Es mi hombre**

**Rataplán**

**Don Quintín el amargao**

**¡Lo mejor de la producción nacional!**





**E. B.**

Cubierta, Imp. M. PELLICER  
Muntaner, 111 - Teléfono 70132

**Precio: Una peseta**